Carta segunda de San Clemente a los Corintios

INTRODUCCION

Homilía.

El breve escrito que se conoce con el nombre o título de segunda carta de San Clemente a los corintios, la *Secunda Clementis,* en realidad de verdad ni es carta ni es de San Clemente. Trátase, sin duda, como luego pondremos más detenidamente en claro, de la más antigua muestra de homilía cristiana que poseemos, y en ello radica justamente buena parte de su interés; y, sin embargo, como carta, y como carta de San Clemente Romano, la conocen y citan los más antiguos testigos de la tradición. Eusebio de Cesarea, que es el primero por quien nos llega noticia de esta *II Clementis,* después de hablar de la primera carta de San Clemente a los corintios en los términos de alto elogio que se citaron oportunamente, prosigue:

"Es de saber que se dice haber una segunda carta de Clemente, que no sabemos sea tan conocida como la primera, puesto caso que no tenemos noticia de que los antiguos hayan hecho uso de ella" [1].

Rufino, con su habitual descuido, aunque diciendo, muy probablemente, la verdad, traduce a Eusebio: *Dicitur tamen esse et alia epistola Clementis, cuius nos noticiam non accepimus;* pues, en efecto, el lenguaje de Eusebio da bastante a entender que habla de oídas. San Jerónimo, siguiendo, como de costumbre, a Eusebio, dice en su *De vir. inl.,* XV: *Fertur secunda esse ex eius nomine* (Clementis) *epistola, quae a veteribus reprobatur.*

Dando un salto de siglos, Focio (siglo IX) nos habla en su *Bibliotheca,* cod. 126, de las dos epístolas de San Clemente a los corintios y a una y otra les pone sus reparos, harto quisquillosos:

"Fué leído un librillo en que se contenían las dos

---

[1] HE, III, 38, 4.

cartas de Clemente a los corintios; de ellas, la primera los acusa de que con sus sediciones, turbulencias y cismas habían roto la paz y concordia que debiera reinar entre ellos y los exhorta a que den término a ese mal... La segunda igualmente contiene una amonestación y exhortación a mejorar de vida, y en su comienzo predica la divinidad de Jesucristo. Sin embargo, introduce ciertos dichos extraños, como si fueran de la divina Escritura, defecto de que tampoco está del todo libre la primera; así como tiene interpretaciones raras de ciertos otros. Por lo demás, los pensamientos de una y otra son en cierto modo arrastrados y no guardan la consecuencia lógica."

El mismo Focio había escrito sobre San Clemente y sus cartas:

"Este es aquel Clemente, de quien el divino Pablo dice en la carta a los filipenses: *Juntamente con Clemente y mis otros colaboradores, cuyos nombres están en el libro de la vida* (Phil. 3, 4). Este escribió también una carta digna de consideración a los corintios, que fué tan favorablemente acogida por muchos que se la leyó públicamente. En cambio, la llamada segunda a los corintios se rechaza como espuria, lo mismo que el extenso *Diálogo de Pedro y Apión*, que se pone bajo su nombre" (*Bibliotheca*, cod. 112).

Otro testigo tardío, Nicéforo, dice, siguiendo a Eusebio:

"Corre también suya (de Clemente) otra carta, muy inferior a la primera, de la que dice el mismo Eusebio que no la conocieron los antiguos" [2].

La *II Clementis* se nos ha transmitido en dos códices: el *Alexandrinus*, que sólo contiene hasta XII, 5, y el *Hierosolymitanus* (Cod. griego 54 de la Biblioteca patriarcal de Jerusalén), el mismo que nos dió la *Didaché*, y que la contiene íntegra del capítulo I al XX. La única versión conocida es la siríaca, guardada en un códice de 1170 en la Biblioteca universitaria de Cambridge [3]. Pues bien, también los códices están por la designación de epístola, y la atribución, como segunda, a San Clemente Romano. (El *Alexandrinus*, sin embargo, la rotula sólo: Κλήμεντος επιστολή β, sin la dirección πρὸς Κορινθίους).

La confusión de una homilía con una carta pudiera sorprendernos a prima faz; conviene, sin embargo, ob-

[2] NICEPHORUS CALL., *Hist.*, l. III, c. 17 (citado en GALLANDI, *Bibliotheca*, I, p. XV).

[3] Otro breve fragmento de la *II Clementis* en siríaco fué publicado por Martin en Pitra, *Analecta sacra*, 4 (Parisiis 1883), pp. 1-2 y 276.

servar que la carta, género bien acreditado en la teoría literaria a partir de Aristóteles, se había convertido para los antiguos en molde cómodo en que podían vaciarse cualesquiera materias, aun científicas y filosóficas, y pocas se adaptaban tan bien al marco epistolar como la exhortación a la virtud cristiana. De hecho, nada nos impide considerar como auténticas homilías, predicaciones a distancia bajo la envoltura epistolar, algunas de las cartas canónicas, como la *I Petri*, la de Santiago, y la misma magna epístola *Ad Hebraeos*, que el propio autor inspirado califica (13, 22) de λόγος παρακλήσεως: "palabra de consuelo o exhortación". Muchas cartas de San Cipriano son también *sermones*, largos sermones a distancia. De la literatura profana baste citar las cartas de Séneca y las pseudo-heraclitianas, que son puros διατριβαί sobre el supuesto convencional de la epístola.

La *II Clementis*, aunque no tengamos testimonio directo de ello, debía de leerse, al igual que la primera, en las reuniones del culto cristiano a par de la palabra divina. ¿No parece indicarlo así el hecho de que una y otra se hallen en el *Alexandrinus* junto a los libros inspirados? En este caso, la confusión de géneros era naturalísima y no podía chocar al sentimiento antiguo, y así una homilía propiamente dicha, que pudo ser mandada de Roma a Corinto como una carta de exhortación cualquiera, pudo ser equiparada a una carta—la *I Clementis*—que conservaba todo el tono de homilía y había sido escrita pensando antes en oyentes que en leyentes [4].

Los primeros que modernamente afirmaron el verdadero carácter de la *II Clementis*, aun antes de descubrirse los últimos capítulos que lo ponen absolutamente fuera de controversia, fueron Dodwell, Grabe y Wendelin [5], siquiera el docto oratoriano Gallandi lo tenga por opinión de hombres *otio abutentium*. Opinión, sin embargo, que hoy nadie discute [6].

---

[4] Cf. E. Norden, *Die Antike Kunstprosa*, II, p. 538, n. 2. Norden remite a Harnack, *Die Chronologie der altchr. Lit. bis Eusebias*, I, 438 siguientes, 451 y 487.

[5] Dodwellus, *Dissertatio in Irenaeum*, I, 30 (Oxoniae 1689); J. B. Grabe, *Spicilegium Sanctorum Patrum*, I, 268 (Oxoniae 1698).

[6] Gallandi, *Bibliotheca*, I, p. XV. Gallandi, siguiendo el *c. Al.*, imprime (p. 43) hasta el c. XII, y termina: *Reliqua desunt*.

ORIGEN [7].

La homilía, que es, sin género de duda, la más pura, la más genuina y, desde luego, la más antigua forma de la predicación cristiana, es, en realidad, de origen judío, y, como tantas otras formas del culto cristiano, que se modeló en gran parte sobre el de la sinagoga, se dió en ésta antes de pasar a la Iglesia.

Cuando en la memorable ocasión en que los Apóstoles van a decidir sobre la suerte de la Iglesia de la gentilidad, Santiago, el hermano del Señor y fiel cumplidor de la Ley mosaica, se levanta a hablar y opina que no ha de molestarse a quienes de entre las naciones se conviertan al Señor, termina su oración alegando esta razón: *Porque Moisés, desde antiguas generaciones, tiene en cada ciudad quien le predique, como quiera que se lee todos los sábados en las sinagogas.* (Act. 15, 21). Y el judío helenizante Filón cuenta de los esenios: "En las sinagogas, uno toma los Libros y lee, y otro, de los de más pericia, se levanta a explicar los pasos oscuros" [8].

El Evangelio mismo nos relata una impresionante escena, pintada con el arte único de San Lucas, tan sobrio y vivo, en la que vemos cómo Jesús, en Nazaret, entra, según su costumbre, en la sinagoga y se levanta a leer. Se le pone en las manos el libro del profeta Isaías, lo desenrrolla solemnemente a la vista de todos y lee, puesto en pie:

El Espíritu del Señor sobre mí,
por lo cual me ha ungido,
para dar la noticia buena a los pobres me ha enviado,
para pregonar a los cautivos la liberación
y a los ciegos la recuperación de la vista,
para despachar a los triturados en libertad,
para anunciar el año acepto al Señor.

Jesús, ante las atónitas miradas de todos, pliega el libro, lo devuelve al ministro y empieza así su homilía: *Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestros mismos oídos.* Un estremecimiento de viva sorpresa debió de sobrecoger al auditorio; mas el Señor prosiguió su comento y todos estaban colgados de las palabras de gracia que fluían de su boca (Lc. 4, 15-22).

---

7 A. PUECH rotula así el c. V de su excelente *Histoire de la litterature grecque chrétienne:* "Origines de l'homélie: la IIe Epitre de Clément (11, página 102).

8 *De sap.* 12, citado por NORDEN, II, p. 541.

No podía darse consagración más alta a este humilde género de predicación, que hoy desdeñan los "oradores sagrados", y que por culpa de estos mismos oradores ya no siente en su divina sencillez el pueblo cristiano [9]. ¡Y no viene a ser también una divina homilía aquella cálida conversación del desconocido Peregrino, que se junta con los descaminados discípulos de Emaús y, empezando por Moisés y los Profetas, les va interpretando cuanto a sí mismo se refiere? Los ingenuos discípulos, abiertos ya sus ojos, resumirán así, de vuelta de su descamino, el efecto de la palabra homilética del Señor: *¿No es cierto que nuestro corazón se abrasaba dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?* (Lc. 24, 25, 33). Y homilías, otrosí, debieron de ser aquellas íntimas conversaciones que el Señor, resucitado, tiene durante cuarenta días, cuando se les aparecía y les hablaba del reino de Dios (Act. 1, 3).

A imitación de su Maestro, cuando los Apóstoles, obedeciendo órdenes suyas, se esparcen por el mundo para pregonar la alegre noticia de nuestra redención y salvación, no se suben a una tribuna en cualquiera de las grandes ciudades del mundo griego y romano, en que las muchedumbres se dejaban fascinar por la magia de la palabra de sus *rhétores*, sino que, en tono familiar e íntimo, pero con fuerza y unción divina del Espíritu, hablan y conversan con aquellos a quienes el Señor escoge y predestina para oír su palabra y recibir mediante ella la gracia y la fe o el impulso primero hacia ella. Las mismas cartas de San Pablo han sido muy exactamente definidas como una conversación a distancia, "una conversación tomada taquigráficamente y reproducida sin correcciones". Y nada mejor que ellas nos da una imagen más acabada de lo que hubo de ser la elocuencia viva e inflamada del Apóstol, su conversación, sus homilías.

CONVERSACIÓN.

Porque homilía —tiempo es ya de decirlo—, tanto vale como conversación, y por un proceso semántico fácil de comprender, vino a significar la instrucción diri-

[9] El más genuino pueblo cristiano aun la sigue sintiendo. No hace muchos domingos me decía Cipriano, guarda de estos montes de Duruelo, tierra teresiana: "Los sermones que más me gustan son los del Evangelio. El Evangelio es lo más hermoso que hay, para oírlo y para cumplirlo." Lo mismo diría —y dijo— Santa Teresa de Jesús.

gida a la comunidad cristiana a base de un texto sagrado. El mismo proceso que se observa en la palabra latina *sermo,* traducción de homilía [10].

De algunas de estas homilías de San Pablo, que debieron de ser candentes conversaciones, nos ha dejado algún rastro el libro de los *Hechos*. En su postrer viaje a Jerusalén, el Apóstol, con sus compañeros, hacen escala en Alejandría Troas, y allí, reunidos todos el domingo, dirige la palabra hasta altas horas de la noche y rompe el pan. Se trata de una reunión litúrgica. Tras el incidente de la mortal caída del joven Eutico y su resurrección por obra de Pablo, aun continúa éste su homilía hasta el amanecer, hora en que se disuelve la reunión (Act. 20, 7 ss.).

San Lucas, buen helenista, usa en este relato las palabras clásicas διαλέγεσθαι y ὁμιλεῖν, las mismas, por ejemplo, que Jenofonte hablando de Sócrates y sus oyentes. Ambas persistieron en la lengua cristiana para significar la predicación [11].

---

[10] Las palabras ὁμιλέω y ὁμιλία son de abolengo clásico. ὁμιλέω (de ὅμιλος, *coetus,* "reunión") significa primeramente asistir a una reunión, de donde conversar, tratar, charlar familiarmente. Jenofonte, *Conv.* 2, 10: ἀνθρώποις χρῆσθαι καὶ ὁμιλεῖν, "tratar y conversar con los hombres". El griego es esencialmente conversador, y de la conversación hace Sócrates filosofía y crea Platón un nuevo género literario: el diálogo. Un obispo cristiano, Sinesio, dirá, ya al declinar de la antigüedad: τὸ ἀκριβῶς Ἕλληνα εἶναι τουτέστι δύνασθαι τοῖς ἀνθρώποις ἐξομιλῆσαι. De ὁμιλέω con todos sus matices de sentido deriva ὁμιλία "trato, conversación, charla familiar". Platón nos dice (*Symp.* 230, a) que Dios no se mezcla con los hombres sino por medio del amor πᾶσά ἐστιν ἡ ὁμιλία καὶ ἡ διάλεκτος θεοῖς πρὸς ἀνθρώπους. La aproximación de ὁμιλία y διάλεκτος es muy característica. San Pablo citó y santificó (Tertuliano) el verso de Menandro: φθείρουσιν ἤθη χρησθ' ὁμιλίαι κακαί (I Cor., 15, 33). Eustacio, el famoso arzobispo del siglo XII, comentador de Homero, nos ha transmitido (621, 15) el título del más bello canto de la *Ilíada*, el VI, como Ἕκτορος καὶ Ἀνδρομάχης ὁμιλία. El mismo Eustacio (ibid., p. 974, 2) dice que ὁμιλία vale tanto como διδασκαλία, y los griegos modernos llaman διδαχαί, "enseñanzas", a los sermones. El que frecuenta la enseñanza de un filósofo se dice su ὁμιλητής. (Jen., *Mem. Socr.*, I, 12, 14). La misma enseñanza toma nombre de ὁμιλία, y así el mismo Jenofonte dice que Sócrates llamaba esclavos de sí mismos a quienes tomaban τῆς ὁμιλας μισθόν (*Mem. Socr.*, I, 2, 6).

[11] Por los nuevos datos que aporta, aun sin compartir su opinión, sobre el origen de la literatura homilética, me place transcribir esta página de H. v. Schubert en su introducción a la versión de la *II Clementis* en los *Neutestamentliche Aprocryphen* de Hennecke, p. 488 ss. Dice así: "La aparición de una literatura homilética supone finalmente que de entre una muchedumbre de pensamientos se ha escogido, ordenado y fijado convenientemente lo que pareció más apropiado para el fin de un discurso eficaz. El estadio preliminar o modelo para ello no ha de buscarse tanto en la conferencia o plática judía de la sinagoga, cuanto en las de los maestros cínico-estoicos que, como Epicteto, miraban igualmente a fines prácticos ético-religiosos. La misma expresión de "homilía" que leemos en Ignacio (*Ad Polyc.*, 5, 1) y en Justino (*Dial.* 85, p. 312), y que

MINISTERIUM VERBI.

Pero la homilía toma su forma fija como elemento importante del culto cristiano cuando en la generación postapostólica, calmada ya en parte la efervescencia carismática de los profetas y doctores inspirados, el *ministerium verbi* pasa íntegro a los ministros de asiento en la comunidad, obispos, sacerdotes y diáconos. Tal es la situación que nos describe San Justino en un pasaje célebre, de valor incalculable, de su *Apología* (I, 67):

"El día que llaman del sol, todos, tanto los que viven en las ciudades como en los campos, nos reunimos en un mismo lugar y se leen los *Recuerdos de los Apóstoles* o los escritos de los profetas, mientras el tiempo lo permite. Luego, terminada la lectura, el presidente toma la palabra para amonestar y exhortar a la imitación de estos hermosos ejemplos."

Casi por las mismas fechas (h. el 155) en que se escribe la *Apología* de San Justino, un desconocido cristiano de Roma, que hay que suponer un *presbyteros*, tiene la idea, hacia el año 150, no ya de dirigir la palabra al pueblo reunido tras la lección de los Libros inspirados, sino de consignar por escrito y leer públicamente su propio comento y exhortación. Tal fué el origen de la homilía que llamamos *II Clementis*. Que fuera públicamente leída al pueblo, lo dice el propio anónimo homileta:

"Así, pues, hermanos y hermanas, después del Dios de la verdad, os leo mi exhortación a que atendáis a lo escrito, a fin de salvaros a vosotros mismos y al que entre vosotros hace oficio de lector. La paga, en efecto, que yo os pido es que os arrepintáis de todo corazón,

---

Clemente Alejandrino (IV, 13, 89, y VI, 6, 52) aplica a los sermones del gnóstico Valentín, la aplica Arriano a las conferencias de Epicteto. Uno de los sermones de Valentín trataba "sobre los amigos". Reitzenstein alude a tipos de "discursos sagrados" en la religiosidad sincrética de la literatura hermética. Harnack ve en Iren. (*Adv. haer.*, IV, 27 ss.) huellas de sermones de un antiguo presbítero de la Iglesia; Jordán, en la obra perdida del mismo Ireneo. *Tratados varios* (Eus., V, 26), la primera colección homilética. En todo caso, Ireneo, I, 10, 2, conoce ya una forma de predicación más sencilla y otra más artística; sin embargo, no nos es posible todavía establecer para la época más antigua la distinción entre homilía exegética y homilía libre. Como representante de una predicación artística aparecen entre los Padres del siglo III sólo Orígenes e Hipólito; pero todavía Orígenes ha supuesto también en la ausencia de brillantez de elocuencia la posibilidad de efecto en los oyentes (*Comen. Rom.* 9, c. 2). El escrito conocido bajo el nombre de segunda carta de Clemente es la más antigua homilía que se nos ha conservado íntegra. Una historia de la predicación cristiana sería obra meritoria, y está, que yo sepa, todavía por hacer."

procurándoos a vosotros mismos salvación y vida" (XIX, 1).

El carácter homilético se deduce también de este otro pasaje:

"Y no parezca que creemos y atendemos sólo de momento, cuando somos amonestados por los ancianos, sino procuremos también, al separarnos para casa, recordar los mandamientos del Señor y no nos dejemos arrastrar por las codicias mundanas; sino, reunidos con más frecuencia, tratemos de adelantar en los preceptos del Señor, a fin de que, teniendo todos un mismo sentir, nos hallemos reunidos para la vida" (XVII, 3).

Es más, el anónimo predicador llega a sentar un buen principio y, en verdad, una suprema regla, sobre cómo haya de predicarse y también escucharse la palabra de Dios. Satisfecho, sin duda, de su obra, dice así a sus oyentes:

"No creo haberos dado menguado consejo acerca de la continencia, y quien lo siguiere no se arrepentirá de ello, sino que se salvará a sí mismo y a mí que se lo aconsejé. Porque no es pequeño galardón (de quien predica la palabra de Dios) convertir, para que se salve, un alma extraviada y que estaba a punto de perecer. En efecto, ésta es la paga que podemos dar (por sus beneficios) a Dios, que nos creó; a saber: que lo mismo el que habla que el que escucha, hable y escuche con fe y caridad" (XV, 1-2).

Henos, pues, sin que quepa lugar a discusión, con sus rasgos específicos, ante la primera homilía escrita cristiana, aquella humilde, íntima, familiar manera de comunicar al pueblo la palabra de Dios, aquella forma de predicación, animada de calor de vida—de fe y caridad, que dice nuestro anónimo—, que se ejerció desde los Apóstoles (y aun desde el Señor mismo) hasta los más grandes Padres de la edad de oro; desde San Ignacio Mártir, en Oriente, que se lo recuerda como amigable consejo al obispo de Esmirna, Policarpo (*Ad Polyc.*, 5, 1), hasta San Juan Crisóstomo, que llena ingentes volúmenes con las suyas; desde San Clemente Romano, en occidente, que dirige larga homilía sobre la paz y concordia a la comunidad corintia, eco de las dirigidas a la comunidad romana, hasta los incontables sermones (*sermo* = ὁμιλία) del grande obispo de Hipona, conversador infatigable.

Este solo hecho da un interés sin par a este humilde escrito que es la *II Clementis*, como que ella nos permite entrar en una de aquellas reuniones dominicales de

Roma, de Efeso, Esmirna, Antioquía o Jerusalén, en que, congregados hermanos y hermanas de campos y ciudades, oyen la lección de los Recuerdos de los Apóstoles, que se llaman Evangelios, o la de los grandes videntes de Israel, evangelistas por antipación, y tras ella la palabra sencilla y férvida, de alocución íntima y familiar, de alguno de los que desde el principio fueron ministros del Verbo o de quienes les sucedieron en tan divino ministerio. El autor de la *II Clementis* está, sin duda, muy alejado ya de aquellos días en que Pedro, Juan o Pablo conversaron con los fieles, congregados en *ecclesia*, sobre lo que con sus ojos habían visto y con sus oídos oído y con sus manos tocado del Verbo de la vida; pero su voz no es distinta de la de ellos. Su estilo es el mismo: estilo directo de referencia constante a unos hermanos y hermanas que se tienen delante y a quienes se quiere salvar; lengua sencilla y clara, sin miedo a las incorrecciones, como de conversación corriente, ausencia de todo amaneramiento, de toda retórica y literatura. ¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos en que nada se sabía aún, en el anuncio y pregón de la palabra divina, de aquel deleitar y menos del hechizar y encantar que los antiguos *réthores* ponían por fin, a veces único, siempre imprescindible, de todo discurso, y que luego, andando los tiempos y creciendo la malicia de los hombres, aplicado y llevado a la exageración y exceso en la predicación cristiana, terminó por matarla, convirtiéndola en remedo y trasunto de la oratoria profana! ¡Gran desgracia y gran pecado!

Síntesis y comento.

Pero, por muy vivamente que pueda interesarnos este primer predicador cristiano, sobre su persona estamos absolutamente a oscuras, y sólo por su obra nos es dado barruntar algo de su alma. Procede, sin duda, del paganismo, y se dirige a una comunidad formada también de creyentes que adoraron un día las piedras y maderos, el oro, la plata y el bronce, obras de los hombres. De ahí —tras una clara confesión de la divinidad de Jesucristo, sobre quién hay que sentir como sobre Dios, como sobre juez que es de vivos y muertos—la unción con que exhorta a sus oyentes a agradecer el beneficio del llamamiento cristiano con todo su cúmulo de gracias y vida nueva. Tal vez piensa el predicador en el orgullo religioso de los judíos, cuando exige (δεῖ) a los cristianos que

no tengan bajos pensamientos sobre su salvación, cosa que constituye para el homileta un pecado. Mas cuando no cabe duda que piensa, y no benévolamente, en el pueblo de Israel, es al comentar el texto de Isaías: *Alégrate, estéril, la que no pares; rompe en gritos de júbilo, la que no tienes dolores de parto; porque más son los hijos de la solitaria que los de la que tiene marido* (Is. 54, 1).

"Lo que dice: *Más hijos tiene la mujer solitaria que no la que tiene marido,* a nosotros nos quiso significar; porque nuestro pueblo—la Iglesia—parecía abandonado de Dios; pero ahora, creyendo, hemos venido a ser más numerosos que los que parecía que tenían a Dios" (II, 3).

Han pasado, pues, los tiempos del judeo-cristianismo, y el nuevo Israel de Dios se siente superior y ajeno al reprobado Israel de la carne que sólo en apariencia posee a Dios. Este retroceder del judeo-cristianismo nos lo atestigua también San Justino, y lo notable es que lo comprueba con el mismo texto de Isaías que comenta nuestro predicador. ¿Oyó San Justino esta homilía romana? ¿Se trata sólo de un tema hecho ya tradicional en la exégesis y apologética cristiana? Esto basta para explicar la analogía. He aquí el comento del Apologista:

"Vemos—dice—que somos más y más sinceros los cristianos que hemos creído de entre los gentiles que no los de entre los judíos... Y vamos a citar cómo ya de antemano fué profetizado que seríamos más los que creyéramos de entre los gentiles que no de entre los judíos y samaritanos. Fué, pues, dicho de esta manera: *Alégrate, estéril, la que no pares; rompe en gritos de júbilo, la que no sufres dolores de parto; porque más son los hijos de la abandonada que no los de la que tiene marido* (Is. 54, 1). Y, en efecto, abandonadas y carentes de verdadero Dios estaban todas las naciones, rindiendo culto a obras de sus manos; los judíos, en cambio, y los samaritanos, que tenían la palabra de Dios, transmitida constantemente por los profetas, y que estuvieron siempre esperando al Mesías o Cristo, cuando vino, le desconocieron, excepto unos pocos (*Apol.*, I, 53).

Tras el comentario de Isaías, hecho, por cierto, en el sentido del más puro alegorismo, el predicador, sin orden riguroso, dejándose más bien llevar del giro vago de una conversación familiar, va exhortando a sus oyentes a la práctica de la virtud y de la vida cristiana, a confesar a Aquel por quien hemos sido salvados, y confesarlo no sólo con los labios, sino con el fiel cumplimiento de sus mandamientos. Suena la grave palabra "negar" y se recuerda la palabra del Señor: *Al que me confesare*

delante de los hombres, yo le confesaré delante de mi Padre (Mt. 10, 32). ¿Había pasado la comunidad por la dura prueba de la persecución, en la que hubiera flaqueado la fe de algún creyente? En la fecha que suponemos compuesta la homilía, nada más probable (III, 1-5). No basta llamarle Señor (κύριος), palabra que cifraba la fe del cristiano. El homileta pide, sobre la fe, la práctica de la justicia: el mutuo amor, no murmurar, ni envidiar; ser continentes, compasivos y buenos... No temamos a los hombres más que a Dios (IV, 1-5). El cristiano ha de renunciar a la peregrinación de este mundo y no temer salir de él. Es un cordero entre lobos; mas no tema el cordero al lobo, pues el daño que pueda hacerle no ha de pasar de quitarle la vida temporal. Sólo hay que temer a quien tiene poder sobre lo temporal y lo eterno. Lo mundano es mezquino y pasajero; el cristiano no debe ni codiciarlo, "pues en el mero hecho—dice el severo predicador — de codiciar poseer nada terreno, nos desviamos del camino justo" (V, 1-7). No es posible servir a dos señores, como no es posible militar bajo dos banderas enemigas. Este mundo y el otro son dos enemigos, y el uno pregona lo que el otro renuncia. No hay otro remedio que optar por uno u otro. Sólo en el cumplimiento de la voluntad de Cristo hallaremos descanso; en otro caso, nada nos podrá librar del castigo eterno. Si no guardamos puro nuestro bautismo, es ilusorio esperar entrar en el palacio de Dios (VI, 1-9). La vida del cristiano es un combate, y el predicador, como ya lo hiciera San Pablo, como, por lo demás, era lugar común en la exhortación moral del tiempo, cristiana o estoica, apela a la imagen del atleta, y evoca aquí, particularmente, los famosos juegos ístmicos, para los que se embarcan atletas y espectadores de todo el mundo griego y romano. Y hay que luchar, como dijo San Pablo, conforme a ley, si se aspira a la corona de vencedor. La ley del cristiano es su bautismo, cuyo "sello" ha de guardar incontaminado (VII, 1-6).

No todos lo han guardado. Esta comunidad, venida del paganismo y que vive en ambiente pagano; que ha sufrido tal vez la sacudida de la persecución, que oye quizá a maestros que predican blandura con las exigencias de la carne, necesita penitencia: "Mientras estamos sobre la tierra, hagamos penitencia." El predicador sabe hablar el lenguaje vivo de las comparaciones tomadas de la vida corriente: "Somos en las manos de Dios como un pedazo de barro en las del alfarero. Mientras éste tiene en su mano la figura que modela, cualquier defecto

y accidente de la obra tiene pronto remedio; una vez puesta al horno, nada puede sobre ella. Así, nosotros hagamos penitencia mientras estamos en este mundo; salidos de él, no hay lugar a confesión ni arrepentimiento. ¡Grave doctrina! Los pecados de la carne no sólo son frecuentes, sino que tratan de justificarse doctrinalmente. Por entonces quizá la siembra gnóstica empezaba ya a dar su cosecha de corrupción. Hay que dar—había dicho Valentín—la carne a la carne y el espíritu al espíritu. Nuestro predicador sienta la doctrina cristiana pura: "Guardad pura vuestra carne, y sin mancha el sello, a fin de recibir la vida eterna" (VIII, 6). Sin embargo, no desconoce las aberraciones doctrinales que pululan ya por la comunidad:

"Y nadie de entre vosotros diga que esta carne no es juzgada ni resucita. Considerad: ¿En qué fuisteis salvados, en qué recobrasteis la vista, sino estando en esta carne? Luego preciso es que guardemos la carne como un templo de Dios. Porque a la manera que en la carne fuisteis llamados, en la carne también volveréis. Cristo, el Señor, que nos ha salvado, siendo primero espíritu, se hizo carne y así nos llamó; pues así nosotros también en esta carne recibiremos el galardón" (IX, 1-5).

Prosigue la preocupación por los falsos maestros "que introducen temores humanos—sin duda que apartan del martirio—, prefiriendo el goce de este mundo a la promesa futura. Y es que desconocen cuán gran castigo está aparejado al goce presente y cuánto placer nos reserva la promesa venidera. Y si sólo ellos hicieran estas cosas, fuera tolerable; pero es el caso que son tenaces en sembrar sus falsas doctrinas entre almas inocentes, sin caer en la cuenta que han de tener doble juicio: el suyo y el de quienes los escuchan" (X, 3-4).

Nosotros sirvamos a Dios "con corazón puro"; no dudemos de sus promesas; suframos con esperanza y recibiremos la recompensa. Sólo por la puerta de la justicia se entra en el reino de Dios, donde se nos prometen bienes que ni oído oyó, ni ojo vió, ni corazón de hombre alcanzó (XI, 1-7). La expectación escatológica, si no se ha desvanecido todavía, se ha notablemente atenuado y se hace sólo de ella punto de partida para nueva exhortación moral:

"Esperemos, pues, el reino de Dios a cada hora, en caridad y justicia, pues no sabemos el día de la manifestación de Dios. Y, en efecto, preguntado por alguien el Señor en cierta ocasión sobre cuándo vendría su reino, respondió: *Cuando dos sean uno y lo de fuera como lo*

de dentro, y lo masculino con lo femenino, ni masculino ni femenino..." (XII, 1-2).

He aquí una de las más curiosas citas de esta homilía—una, sin duda, de las que escandalizaron a Focio—, en que tan extraños dichos se ponen en boca del Señor. Se las supone tomadas del llamado *Evangelio de los Egipcios*, del que nos da algunas referencias Clemente Alejandrino, pero del que, en definitiva, apenas se sabe nada [12]. Mas lo que importa notar aquí es la interpretación moral que se da a los textos y que permite suponer que se va imponiendo un concepto del reino de Dios libre de toda perspectiva terrena y una idea de *parusía* que no es ya tanto advenimiento cuanto presencia espiritual [13]: dos son uno cuando nos decimos la verdad mutuamente y en dos cuerpos viene a haber sin ficción una sola alma. Y lo de fuera es como lo de dentro, cuando el alma — lo de dentro — se manifiesta por sus buenas obras, a la manera que el cuerpo—lo de fuera—se manifiesta por su misma naturaleza.

La distinción de sexos desaparece cuando un hermano, es decir, un cristiano, en presencia de una hermana, no piensa nada femenino; ni una hermana, en presencia de un hermano, nada masculino:

Cuando esto hiciereis—dice el Señor—, *vendrá el reino de mi Padre* (XII, 6).

Realmente, no todo en esta comunidad de mediados del siglo II debía de ser florecimiento de virtudes. La reiteración, que raya en la machaconería, de la exhortación a la penitencia, llega poco menos que a apesadumbrarnos. Percibimos el tono de apremio cuando el homileta grita a sus oyentes:

"¡Ea, pues, hermanos! Hagamos ya, por fin, penitencia y despertemos para el bien, pues estamos llenos de mucha insensatez y maldad. Borremos de nosotros los pecados pasados y hagamos de corazón penitencia a fin de salvarnos. Y no busquemos el agrado de los hombres ni queramos buscar sólo nuestro propio gusto, sino tratemos de ayudar también a los de fuera por nuestra justicia, a fin de que no se blasfeme el nombre del Señor por culpa nuestra."

---

[12] CLEMENT. AL., *Stron.*, III, 9, 63; 13, 92-93.

[13] Cf. *Christus*, p. 923 (ed. española): "Antes se dijera lo que el cristianismo no es que lo que es y, sin embargo, una sola palabra sigue resumiéndolo todo. Es la palabra de San Pablo: *El Señor está cerca* (Phil. 4, 5), que cada día se toma más en el sentido de una presencia espiritual y misteriosa y menos en el sentido de un advenimiento exterior próximo."

La cosa transcendía al mundo pagano, que admiraba como bellos y sublimes los preceptos de la moral cristiana, pero que hacían objeto de sus mofas a los cristianos que tan lejos estaban de llevarlos a la práctica:

"Cuando los paganos nos oyen decir que dice Dios: *No tiene gracia que améis a los que os aman, sino que la gracia está en que améis a vuestros enemigos y a los que os aborrecen,* se maravillan de la sublimidad de la bondad de nuestra ley; mas cuando nos ven que no sólo no amamos a los que nos aborrecen, mas ni siquiera a los que nos aman, se mofan de nosotros, y es blasfemado el nombre del Señor" (XIII, 4).

Textos como éste destiñen un tanto la irisada imagen que nos formamos de los días o siglos del amanecer de la Iglesia y contrapesan aquel otro de Tertuliano, escrito también en el siglo II:

"Mas justamente esta práctica del amor es lo que para algunos nos marca a fuego más que ninguna otra cosa. "Ved—dicen—cómo se aman unos a otros." Y es que ellos no saben sino odiarse. "Y cómo están dispuestos a morir unos por otros." Y es que ellos están antes aparejados para quitarse la vida los unos a los otros. Los enfurece también que nos llamemos hermanos, y es, a lo que opino, que entre ellos todo nombre de parentesco está simulado por fingimiento. Mas la verdad es que somos hasta hermanos vuestros por derecho de la sola madre naturaleza, aunque vosotros seáis poco hombres por ser malos hermanos. Mas cuánto más dignamente se llaman y tienen por hermanos los que han conocido a Dios por padre único, los que han bebido un mismo Espíritu de santidad, los que con estupor han salido del mismo temor de la ignorancia a la misma luz de la verdad" [14].

Ambos textos, sin embargo, se armonizan con sólo atender que uno procede de un apologista, a quien interesa hacer resaltar lo que hay de extraordinario y aun de irritante para el mundo pagano en el hecho innegable de la caridad y fraternidad cristianas; y el otro, de un predicador que habla a la comunidad, a puertas cerradas, y la fustiga por la más ligera infracción del precepto evangélico de la caridad. El hecho, sin embargo, recortado lo mismo del elogio que de la diatriba, queda incólume y atestiguado por el predicador y el apologista.

Por un momento, este predicador de la *II Clementis*,

[14] TERT., *Apol.*, 39, 9-12.

de tan bajo vuelo especulativo como tantos otros predicadores que todos conocemos, intenta levantarse, sin abandonar del todo su machacón tono exhortativo, a las regiones de la especulación y las ideas, por la que, a decir verdad, no se mueve con paso demasiado firme y seguro. La Roma de mediados del siglo II conoce, en efecto, un primer alborear de la especulación, en dirección ortodoxa unas veces, heterodoxa las más. La Iglesia—su origen, su naturaleza, su relación con Cristo—era de los temas más tentadores. He aquí el interesante capítulo:

"Así, pues, hermanos, cumpliendo la voluntad de nuestro Padre, perteneceremos a la Iglesia primera, la que es espiritual, la que fué creada antes que el sol y la luna. Mas si no hiciéremos la voluntad del Señor, se nos aplicará la Escritura que dice: *Mi casa se ha convertido en una cueva de ladrones.* Así, pues, escojamos pertenecer a la Iglesia de la vida, para salvarnos. Ahora bien, no creo que ignoréis que la Iglesia viva es el cuerpo de Cristo. (Dice, en efecto, la Escritura: *Hizo Dios al hombre varón y hembra.* El varón es Cristo; la hembra, la Iglesia.) Y que los libros de los profetas y los apóstoles nos enseñan que la Iglesia no es de ahora, sino del principio. Ella es, en efecto, espiritual, como nuestro Jesús, y apareció en los últimos días para salvarnos.

Existe, pues, una doble Iglesia: esta que vemos moverse ahora sobre la tierra, aparecida en los últimos tiempos, con la alta y divina misión de salvar a los hombres; Iglesia cuyos miembros, ¡ay!, no siempre responden a tan sublimes destinos, y otra primera, espiritual, poco menos que eterna, anterior a la creación del sol y de la luna. La misma idea tiene de la Iglesia otro famoso predicador de penitencia contemporáneo del homileta de la *II Clementis.* Hermas pregunta a un celeste interlocutor por qué la Iglesia se le apareció bajo forma de anciana, y se le responde: "Porque ella fué creada antes de todas las cosas y por causa de ella fué creado el mundo" (Vis. II, 4, 1). La idea, proceda o no de la especulación de los apocalípticos judíos, que consideraban también al pueblo de Israel como causa final de la creación del mundo y le veían preexistente en la mente divina, no deja de ser bella e incitante, y puede enlazarse con otras profundas meditaciones paulinas que tratan de penetrar el secreto de Dios en la reconditez de su pensamiento y designios eternos. Tal el sublime exordio de la encíclica *Ad Ephesios*: *Bendito sea el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los cielos en Cristo, conforme nos*

eligió en Él antes de la constitución del mundo, a fin de que fuéramos santos y sin mancilla en su presencia por la caridad, predestinándonos para la filiación suya por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la que nos agració en su Amado... (Eph. 1, 3-6).

Paulina es también la idea de que la Iglesia es el cuerpo de Cristo; mas ya en el simbolismo de la creación del hombre, como varón y hembra, aplicado a la Iglesia y a Cristo, parecen preludiarse las parejas o *syzigias* de eones, que tan importante papel desempeñan en el sistema gnóstico valentiniano. Todavía, como en el *Pastor* de Hermas, no se ve peligro alguno en estas sutiles especulaciones: pero la Iglesia no tardará en repudiarlas. En el fondo, sin embargo, lo que al homileta le interesa es la enseñanza moral, y ésta se cifra en algo bien claro y terminante: guardar pura la carne. Y a preparar esta consecuencia tiende toda la teoría de la Iglesia espiritual, que se complica al ponerla en relación con Cristo:

"Ahora bien, la Iglesia, espiritual como era, se manifestó en la carne de Cristo, dándonos a entender que quien la guardare en la carne y no la corrompiere, la recibirá en el Espíritu Santo. Porque esta carne es la copia del Espíritu. Ahora bien, nadie que corrompiere la copia, tendrá parte en el original. Luego, en conclusión, esto es lo que dice, hermanos: Guardad vuestra carne, para que participéis del Espíritu" (XII, 3).

La conclusión es clara; las premisas no pueden ser más embrolladas. Y la cosa sigue embrollándose cuando ahora se nos dice que la Iglesia es la carne y que Cristo es el Espíritu; luego el que deshonre su carne, deshonra a la Iglesia, y no tendrá parte en el Espíritu, que es Cristo (XII, 4). Todo es flúido, vago e inconsistente, tanto como las especulaciones que más tarde encontraremos en el *Pastor* de Hermas, escrito también romano. Evidentemente, esta tierra del derecho no es clima propicio a la especulación.

En el fondo, el predicador trata sólo de recomendar la continencia, la ἐγκράτεια, virtud también cara al *Pastor* de Hermas; "consejo no pequeño—dice—éste de la continencia, y quien lo siguiere no se arrepentirá de ello, antes salvará su propia alma y la de quien se lo aconsejó. Este es el premio que el anónimo predicador busca a su labor y ministerio: salvar, con su propia alma, el alma de quienes le oyen. El trabajo por las almas lo concibe como una paga al Dios que nos ha creado (con

gusto le corregiríamos: "que nos ha redimido"). Y no hay duda que este celo por las almas es uno de los rasgos más atrayentes de este remoto predicador:

"Hagamos, por ende, penitencia de todo corazón, a fin de que ninguno de nosotros perezca. Pues si tenemos mandamiento, y lo cumplimos, de apartar de la idolatría a los paganos y de instruirlos en la fe, ¡con cuánta mayor razón no debe perecer un alma que ya conoce a Dios! Ayudémonos, pues, los unos a los otros a levantar los débiles al bien, a fin de salvarnos todos, y tratemos de convertirnos y corregirnos mutuamente" (XVII, 2).

Otra vez la exhortación a la penitencia y conversión, poniendo delante la perspectiva del próximo juicio. Urge practicar las virtudes: La limosna, que es penitencia del pecado. El ayuno es mejor que la oración, y la limosna mejor que la oración y el ayuno. La caridad cubre la muchedumbre de los pecados, y la oración que procede de buena conciencia libra de la muerte... (XVI, 1-4). Mirando a su auditorio, atento y devoto, el predicador amonesta que no se limite la fe y atención al momento en que los ancianos dirigen su homilía, sino que perdure el fruto de la palabra de Dios, tratando de adelantar en el cumplimiento de sus mandamientos (XVII, 3).

La idea del juicio y penas futuras no abandona un punto al piadoso exhortante (XVII, 4-7), quien humildemente confiesa de sí mismo que es pecador—todo pecador: πανθαμαρτωλός—y que está expuesto a las insidias del diablo. Y, sin embargo, se esfuerza en seguir la justicia, o, por lo menos, aproximarse a ella, por miedo que tiene al juicio venidero (XVIII, 1-2). Confesión, por cierto, que al acercarlo a nosotros, nos le hace más amable. Este predicador no es, ciertamente, un místico. Sus exhortaciones no se salen nunca del terreno moral, y aun dentro de éste, de los mandamientos de más grueso calibre. Estamos, sin duda, lejos, no sabemos bien por qué, de aquel ímpetu, de aquella incandescencia de la palabra paulina, que decía a los cristianos de la primera hora: "Emulad los carismas mejores, seguid el camino más excelente: El camino de la caridad" (I Cor. 12, 31). Como ya quedó notado, esta homilía fué escrita y leída ante la comunidad después de la palabra divina (XIX, 1). El predicador dirige sus últimas recomendaciones: "No nos importe sufrir por un poco de tiempo, pues nos espera una eternidad sin dolor" (XIX, 2-4). "Ni nos turbe tampoco contemplar cómo los impíos se enriquecen, mientras los siervos de Dios viven en la estrechez. La re-

ligión no es un negocio. El cristiano debe mirar puramente a lo eterno" (XX, 1-4).

La deprecación final merece ser transcrita íntegra:

"Al solo Dios invisible, padre de la verdad, que nos ha enviado al Salvador y autor de la incorrupción, por quien también nos manifestó la verdad y la vida supraceleste, a Él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén."

PROCEDENCIA.

Tal es la primera muestra de un género de predicación destinado a tanta gloria en los siglos de oro de la literatura patrística. Su autor lo desconocemos en absoluto; el lugar, en cambio, de donde procede, parece puede señalarse con suficiente probabilidad. El hecho de que la homilía pudiera confundirse con una carta de San Clemente y se pusiera al lado de la auténtica a los corintios, permite pensar que el escrito procede de Roma, y que, enviado a Corinto por la comunidad romana, debió de leerse, junto con la carta de San Clemente, hasta confundírsele con una segunda suya. Las relaciones, en efecto, entre una y otra Iglesia fueron muy íntimas. Basta recordar el testimonio, ya alegado, del obispo de Corinto, Dionisio. Nada tiene, pues, de extraño que una homilía escrita que produjo excelente impresión en Roma fuera remitida, en el frecuente comercio epistolar de Iglesia a Iglesia—*commercium unitatis*—, para común edificación espiritual. La confusión, en todo caso, se explica peor suponiendo a Corinto lugar originario de la homilía [15]. Por otra parte, el argumento que se saca de la alusión a los juegos ístmicos (VII, 1: "muchos navegan a los combates corruptibles"), carece de valor. Un predicador puede muy bien decir, desde Roma como desde Alejandría, que de todos los puntos del Imperio navegan atletas y espectadores, sin necesidad de concretar el lugar, pues todos saben a qué combates o juegos se alude.

El examen interno no sólo no contradice, sino que corrobora, y poco menos que impone, la atribución romana. Ese cristianismo práctico, sin el más leve aleteo místico, sin apenas jamás levantar el vuelo a la más humilde especulación — y cuando se levanta es para perderse en ella—, dice muy bien con el genio romano, reflejado ya en la carta primera de San Clemente. Además,

[15] A. PUECH, o. c., p. 105.

se han notado importantes coincidencias de fondo y forma con otro escrito de innegable romanidad, y al que se le asigna fecha aproximada a la de la homilía: el *Pastor* de Hermas.

Ambas obras son un mensaje y exhortación a la penitencia. Una y otra suponen una comunidad necesitada de reforma moral. Algo tan característico del estado de alma de los cristianos a quienes amonesta el *Pastor* como la διψυχία, la duda que divide el alma en dos, se da también entre aquellos a quienes habla el homileta de la *II Clementis.*

"Y no llevemos a mal ni nos irritemos nosotros, los ignorantes, cuando alguien nos amoneste y convierta de la iniquidad a la justicia; porque cometemos algunas malas acciones, sin percatarnos de ello, a causa de la duda (διψυχία) que está aposentada en nuestros pechos, y estamos entenebrecidos en nuestra mente por los vanos deseos. Practiquemos, pues, la justicia, a fin de salvarnos. Bienaventurados los que obedecieren a estos mandatos..." (XIX, 2-3).

En este pasaje, como en tantos otros, nos parece estar oyendo al Pastor y aun al propio Hermas, hecho de vidente predicador. La teología, si cabe hablar de teología en estos escritos de hombres tan atenidos a la realidad primera y práctica, es la misma en la homilía que en el *Pastor*. La Iglesia se concibe como preexistente y Cristo como un espíritu: "El que mancillare su carne, no participará del Espíritu, que es Cristo" (XIX, 4). Hermas, que no pronuncia jamás el nombre de Cristo, dirá más crudamente: "El Hijo (de Dios) es el Espíritu Santo" (Sim. V, 5, 2). Común les es también el concepto y oposición en los dos siglos o αἰῶνες (VI, 3, y Herm., Sim. III). De ahí la conclusión que tenemos por firme de Batiffol: "Entre el *Pastor* de Hermas y nuestra homilía, compruébase tal conformidad de pensamiento en lo que concierne a la vida cristiana y a la penitencia que nos sentimos inclinados a ver en la *II Clementis* una obra, si no del mismo autor, sí al menos del mismo medio y del mismo tiempo que el *Pastor*" [16].

Harnack pretendió identificar la *II Clementis* con la carta que Dionisio de Corinto dice haber recibido del

---

[16] P. Batiffol, *La littérature grecque* (Paris 1901), p. 64. Citado por Casamassa, o. c., p. 66. Así opina también G. Bardy, *Littérature grecque chrétienne* (París 1927), p. 31. Casamassa, en cambio, sin otro fundamento que el καταπλέουσιν de VII, 1, da por lugar de origen de la homilía a Corinto. H. v. Schubert (o. c.) se inclina por la romanidad.

papa Soter (h. 166-174) y que se leía públicamente e
las reuniones de la Iglesia:

"Así, pues, en el día de hoy hemos celebrado el dí
santo del Señor, en que leímos vuestra carta, la que se
guiremos siempre leyendo para nuestra corrección, as
como la que nos fué anteriormente escrita por Clemen
te"[16*].

Esta identificación tropieza con la grave dificulta
del carácter reconocidamente homilético de la *II Cle
mentis* (cosa que Harnack no niega) y la terminante ase
veración de Dionisio de haber recibido del papa Soter un
carta[17].

FECHA.

La fecha de composición que puede, con visos de má
xima probabilidad, asignarse a la homilía, es la mita
del II siglo. El punto de referencia nos lo dan las doc
trinas gnósticas, cuya huella es perfectamente percept
ble en la homilía. La aparición de los sistemas gnóstico
fué colocada por los antiguos escritores bajo el imperi
de Adriano (117-138). Valentín, el más famoso de lo
maestros de la gnosis herética, según testimonio clar
de San Ireneo, vino a Roma bajo Higinio, floreció baj
Pío y permaneció allí hasta Aniceto[18]. Pero, natura
mente, el gnosticismo no fué inmediatamente condena
do como herejía. De creer a Tertuliano, Valentín viv
primero entre los fieles de Roma, hasta que su malsa
na curiosidad y propaganda herética determinaron s
expulsión, provisional primero y después definitiva, d
la comunidad cristiana. Hermas, hermano del papa Pí
(141-155), que escribe su *Pastor* por aquellas fechas, ti
ne todavía a los maestros de la nueva especulación
por lo menos, a los fieles que los escuchan, antes po
necios que por malvados. Nuestro anónimo predicado
si por una parte no muestra escrúpulo (como no lo tuv
el propio Hermas) en seguirlos en determinadas idea
sobre la Iglesia que podían tenerse como desenvolvimien
to recto del pensamiento de San Pablo, combate abie
tamente otras de puro saber gnóstico y abiertamente e

---

16 * EUS., HE, IV, 23, 11.

17 Cf. *Die Chronoligie der alt christlichen Literatur bis Eusebius*,
(Leipzig, 1897), pp. 438-450.

18 IREN., *Adv. haer.*, III, 4, 2: Οὐαλεντῖνος μὲν γὰρ ἦλθεν εἰς Ρώμ
ἐπὶ γίνου, ἤκμασε δὲ ἐπὶ Πίου καὶ παρέμεινεν ἕως Ἀνικήτου.
Cf. DUCHESNE, o. c., p. 101 (ed. italiana).

pugna con la moral cristiana. Tal la doctrina de la irresponsabilidad de todo acto que se cometa en la carne, que no puede, según los valentinianos, atacar al espíritu. Un valentiniano, como gnóstico pneumático, como predestinado que está forzosamente a la bienaventuranza eterna, no tiene ya sino vivir. Sus actos, sean cuales fueren, no tocan la naturaleza espiritual de su ser. El espíritu es independiente de la carne y no es responsable de los actos de ésta. Se comprenden las consecuencias morales del sistema [19]. Lógicamente, negaban también la resurrección de la carne. El autor de la homilía conoce esas doctrinas: "Nadie diga que esta carne no es juzgada (por irresponsable) ni resucita..." (IX, 1), y se esfuerza denodadamente en combatirla. Cabe notar también como indicios cronológicos la preocupación escatológica, tan viva aquí como en el *Pastor;* la alegación del Evangelio como una γραφή, lo que supone un avance en la constitución de un canon del Nuevo Testamento, mientras la citación de apócrifos es prueba de que no estaba suficientemente fijo; estado de fluctuación que dice bien con la mitad del siglo II.

* * *

Como quiera que sea, ni por su extensión ni por su importancia histórica y dogmática puede esta homilía romana parangonarse con la carta auténtica de San Clemente. Una y otra, sin embargo, debieron de ser atentamente escuchadas, con fe y caridad, como quería el propio homileta, por los cristianos de Roma y Corinto. Una y otra nos traen un eco de aquella palabra viva y permanente de la predicación primera, la de aquellos que desde el principio fueron testigos y ministros del Verbo; una y otra, en fin, son fruto de un cristianismo profundo, muy romano, que no transige absolutamente con el mal, poco amigo de la especulación, hondamente arraigado en la fe de Jesucristo, de quien "hemos de sentir como de Dios que es, como de juez de vivos y muertos". Si no buscamos lo que jamás buscó el cristiano primitivo en la predicación, aun podemos edificarnos nosotros hoy mezclándonos con estos hermanos y hermanas nuestros de hacia el año 140, que escucharon un día la voz ungida y fervorosa de este predicador romano, corintio, alejandrino... En definitiva, predicador, como Pablo, de Jesucristo, y no de sí mismo. Como que ignoramos hasta su nombre.

[19] DUCHESNE, o. c., I, p. 95 (ed. italiana).

CARTA SEGUNDA DE SAN CLEMENTE A LOS CORINTIOS

ALTO SENTIMIENTO DE JESUCRISTO Y DE LA REDENCIÓN.

I. Hermanos, así debemos sentir sobre Jesucristo como de Dios que es, como *de juez de vivos y muertos;* y tampoco debemos tener bajos pensamientos acerca de nuestra salvación. 2. Porque si bajamente sentimos de Él, bajamente también esperamos recibir. Y los que oyen como si se tratara de cosas pequeñas, pecan, y nosotros pecamos por ignorar de dónde fuimos llamados y por quién y a qué lugar, y a qué sufrimientos se sometió Jesucristo por nosotros.

3. Ahora bien, ¿qué le daremos nosotros a Él en pago? ¿O qué fruto le ofreceremos, digno de lo que Él nos dió? ¡Qué grandes beneficios le debemos! 4. Él nos hizo gracia de la luz; nos dió, como un padre, nombre de hijos; nos salvó cuando estábamos en trance de perecer. 5. Así, pues, ¿qué alabanza le tributaremos o qué pago le daremos, a cambio de lo que recibimos? 6. Está-

ΚΛΗΜΕΝΤΟΣ ΠΡΟΣ ΚΟΡΙΝΘΙΟΥΣ Β.

I. Ἀδελφοί, οὕτως δεῖ ἡμᾶς φρονεῖν περὶ Ἰησοῦ Χριστοῦ, ὡς περὶ θεοῦ, ὡς περὶ «κριτοῦ ζώντων καὶ νεκρῶν·» καὶ οὐ δεῖ ἡμᾶς μικρὰ φρονεῖν περὶ τῆς σωτηρίας ἡμῶν. 2. ἐν τῷ γὰρ ρρονεῖν ἡμᾶς μικρὰ περὶ αὐτοῦ μικρὰ καὶ ἐλπίζομεν λαβεῖν· καὶ οἱ ἀκούοντες ὡς περὶ μικρῶν ἁμαρτάνουσιν, καὶ ἡμεῖς ἁμαρτάνομεν οὐκ εἰδότες, πόθεν ἐκλήθημεν καὶ ὑπὸ τίνος καὶ εἰς ὃν τόπον, καὶ ὅσα ὑπέμεινεν Ἰησοῦς Χριστὸς παθεῖν ἕνεκα ἡμῶν. 3. τίνα οὖν ἡμεῖς αὐτῷ δώσομεν ἀντιμισθίαν, ἢ τίνα καρπὸν ἄξιον οὗ ἡμῖν αὐτὸς ἔδωκεν; πόσα δὲ αὐτῷ ὀφείλομεν ὅσια; 4. τὸ φῶς γὰρ ἡμῖν ἐχαρίσατο, ὡς πατὴρ υἱοὺς ἡμᾶς προσηγόρευσεν, ἀπολλυμένους ἡμᾶς ἔσωσεν. 5. ποῖον οὖν αἶνον αὐτῷ δώσομεν ἢ μισθὸν ἀντιμισθίας ὧν ἐλάβομεν; 6. πηροὶ ὄντες τῇ διανοίᾳ, προσκυνοῦντες λίθους καὶ ξύλα

---

[2] Act. 10, 42; 2 Tim. 4, 1; 1 Petr. 4, 5.

bamos ciegos en nuestra inteligencia; adorábamos las piedras, los leños, el oro, la plata y el bronce, obras de los hombres, y nuestra vida entera no era otra cosa que muerte. Envueltos, pues, de obscuridad y llena nuestra vista de semejantes tinieblas, por querer suyo volvimos a ver, depuesta la nube que nos rodeaba. 7. Compadecióse, en efecto, de nosotros, y con entrañas de misericordia nos salvó, después que vió en nosotros mucho extravío y perdición y que ninguna esperanza de salvación teníamos sino la que de Él nos viene. 8. Porque nos llamó cuando no éramos y del no ser quiso que fuéramos.

El gozo de la redención.

II. *Regocíjate, estéril, la que no pares; rompe en gritos de júbilo, la que no sufres dolores de parto; porque más son los hijos de la solitaria que los de la que tienc marido.*

Al decir: *Regocíjate, estéril, la que no pares,* a nosotros nos significó; pues estéril era nuestra Iglesia antes de dársele hijos. 2. Y lo que dijo: *Grita, la que no sufres dolores de parto,* quiere decir que presentemos sencillamente nuestras súplicas a Dios y no desfallezcamos como las que están de parto. 3. Lo otro de: *Porque más son los hijos de la solitaria que los de la que tiene marido,* se dijo porque nuestro pueblo parecía estar privado de Dios; mas ahora, creyendo, nos hemos hecho más numerosos que los que parecían tener Dios. 4. Y otra

καὶ χρυσὸν καὶ ἄργυρον καὶ χαλκόν, ἔργα ἀνθρώπων· καὶ ὁ βίος ἡμῶν ὅλος ἄλλο οὐδὲν ἦν εἰ μὴ θάνατος. ἀμαύρωσιν οὖν περικείμενοι καὶ τοιαύτης ἀχλύος γέμοντες ἐν τῇ ὁράσει, ἀνεβλέψαμεν ἀποθέμενοι ἐκεῖνο ὃ περικείμεθα νέφος τῇ αὐτοῦ θελήσει. 7. ἠλέησεν γὰρ ἡμᾶς καὶ σπλαγχνισθεὶς ἔσωσεν, θεασάμενος ἐν ἡμῖν πολλὴν πλάνην καὶ ἀπώλειαν, καὶ μηδεμίαν ἐλπίδα ἔχοντας σωτηρίας, εἰ μὴ τὴν παρ' αὐτοῦ. 8. ἐκάλεσεν γὰρ ἡμᾶς οὐκ ὄντας καὶ ἠθέλησεν ἐκ μὴ ὄντος εἶναι ἡμᾶς.

II. «Εὐφράνθητι, στεῖρα ἡ οὐ τίκτουσα, ῥῆξον καὶ βόησον ἡ οὐκ ὠδίνουσα, ὅτι πολλὰ τὰ τέκνα τῆς ἐρήμου μᾶλλον ἢ τῆς ἐχούσης τὸν ἄνδρα.» ὃ εἶπεν· Εὐφράνθητι, στεῖρα ἡ οὐ τίκτουσα, ἡμᾶς εἶπεν· στεῖρα γὰρ ἦν ἡ ἐκκλησία ἡμῶν πρὸ τοῦ δοθῆναι αὐτῇ τέκνα. 2. ὃ δὲ εἶπεν· Βόησον, ἡ οὐκ ὠδίνουσα, τοῦτο λέγει· τὰς προσευχὰς ἡμῶν ἁπλῶς ἀναφέρειν πρὸς τὸν θεόν, μὴ ὡς αἱ ὠδίνουσαι ἐγκακῶμεν. 3. ὃ δὲ εἶπεν· Ὅτι πολλὰ τὰ τέκνα τῆς ἐρήμου μᾶλλον ἢ τῆς ἐχούσης τὸν ἄνδρα· ἐπεὶ ἔρημος ἐδόκει εἶναι ἀπὸ τοῦ θεοῦ ὁ λαὸς ἡμῶν, νυνὶ δὲ πιστεύσαντες πλείονες ἐγενόμεθα τῶν δοκούντων ἔχειν θεόν. 4. καὶ ἑτέρα δὲ γραφὴ λέγει, ὅτι

[8] Is. 54, 1; Gal. 4, 27.

Escritura dice: *No vine a llamar a los justos, sino a los pecadores.* 5. Esto quiere decir que hay que salvar a los que perecen. 6. Porque lo grande y maravilloso no es sostener lo que está firme, sino lo que está para caer. 7. Así también Cristo quiso salvar lo que estaba pereciendo, y salvó a muchos, viniendo y llamándonos a nosotros cuando estábamos para perdernos.

FIDELIDAD AL QUE NOS HA SALVADO: CONFESARLE POR NUESTRAS OBRAS.

III. Ahora bien, habiendo Él usado para con nosotros de tamaña misericordia: en primer lugar, que nosotros, seres vivientes, no sacrifiquemos ni adoremos a dioses muertos, sino que conociéramos por Él al Padre de la verdad; ¿cuál ha de ser nuestro reconocimiento para con Él, sino que no neguemos a Aquel por quien conocimos a Dios? 2. Y es así que Él mismo dice: *Al que me confesare a mí delante de los hombres, yo le confesaré a él delante de mi Padre.* 3. Así, pues, ésta es nuestra paga, que confesemos a Aquel por quien fuimos salvados. 4. Ahora bien, ¿cómo le confesaremos? Haciendo lo que nos dice y no desobedeciendo sus mandamientos; y no honrándole sólo con los labios, sino con todo nuestro corazón y con toda nuestra mente. 5. Dice, efectivamente, en Isaías: *Este pueblo me honra con sus labios, pero su corazón está muy lejos de mí.*

τοὐκ ἦλθον καλέσαι δικαίους, ἀλλὰ ἁμαρτωλούς.» 5. τοῦτο λέγει, ὅτι δε τοὺς ἀπολλυμένους σώζειν. 6. ἐκεῖνο γάρ ἐστιν μέγα καὶ θαυμαστόν, οὐ τὰ ἑστῶτα στηρίζειν, ἀλλὰ τὰ πίπτοντα. 7. οὕτως καὶ ὁ Χριστὸς ἠθέλησεν «σῶσαι τὰ ἀπολλύμενα,» καὶ ἔσωσεν πολλούς, ἐλθὼν καὶ καλέσας ἡμᾶς ἤδη ἀπολλυμένους.

III. Τοσοῦτον οὖν ἔλεος ποιήσαντος αὐτοῦ εἰς ἡμᾶς, πρῶτον μέν, ὅτι ἡμεῖς οἱ ζῶντες τοῖς νεκροῖς θεοῖς οὐ θύομεν καὶ οὐ προσκυνοῦμεν αὐτοῖς, ἀλλὰ ἔγνωμεν δι' αὐτοῦ τὸν πατέρα τῆς ἀληθείας· τίς ἡ γνῶσις ἡ πρὸς αὐτόν, ἢ τὸ μὴ ἀρνεῖσθαι δι' οὗ ἔγνωμεν αὐτόν; 2. λέγει δὲ καὶ αὐτός· «Τὸν ὁμολογήσαντά με ἐνώπιον τῶν ἀνθρώπων, ὁμολογήσω αὐτὸν ἐνώπιον τοῦ πατρός μου.» 3. οὗτος οὖν ἐστὶν ὁ μισθὸς ἡμῶν, ἐὰν οὖν ὁμολογήσωμεν δι' οὗ ἐσώθημεν. 4. ἐν τίνι δὲ αὐτὸν ὁμολογοῦμεν; ἐν τῷ ποιεῖν ἃ λέγει καὶ μὴ παρακούειν αὐτοῦ τῶν ἐντολῶν, καὶ μὴ μόνον χείλεσιν αὐτὸν τιμᾶν, ἀλλὰ ἐξ ὅλης καρδίας καὶ ἐξ ὅλης τῆς διανοίας. 5. λέγει δὲ καὶ ἐν τῷ 'Ησαΐᾳ· «Ὁ λαὸς οὗτος τοῖς χείλεσίν με τιμᾷ, ἡ δὲ καρδία αὐτῶν πόρρω ἄπεστιν ἀπ' ἐμοῦ.»

---

1 Mt. 9, 13.
4 Lc. 19, 10; cf. 1 Tim. 1, 15.
10 Mt. 10, 32; Lc. 12, 8.
15 Is. 29, 13; Mt. 15, 8; Mc. 7, 6.

No todo el que dice: "¡Señor, Señor!"

IV. Así, pues, no nos contentemos con llamarle Señor, pues esto solo no nos salvará. 2. Dice, en efecto: *No todo el que me dice: "¡Señor, Señor!", se salvará, sino el que obrare la justicia.* 3. Por lo tanto, hermanos, confesémosle en nuestras obras: en el amarnos los unos a los otros, en no cometer adulterio, ni calumniarnos ni envidiarnos mutuamente, sino en ser continentes, compasivos, buenos. Debemos, otrosí, compadecernos los unos a los otros y no ser avaros. Confesémosle en estas obras y no en las contrarias. 4. Y no hemos de temer a los hombres más que a Dios. 5. Por eso, caso que vosotros hiciereis esas cosas, dijo el Señor: *Aun cuando estuviereis conmigo, recogidos en mi seno, y no cumpliereis mis mandamientos, os arrojaré de mí, y os diré: Retiraos de mí, no sé de dónde sois, obradores de iniquidad.*

El cristiano, ajeno al mundo.

V. Síguese de ahí, hermanos, que, abandonando la peregrinación de este mundo, tratemos de cumplir la voluntad de Aquel que nos ha llamado y no temamos salir de la peregrinación de este mundo. 2. Dice, en efecto, el Señor: *Seréis como corderos en medio de lobos.* 3. *Respondióle Pedro y le dijo: ¿Y si los lobos despedazan a*

IV. Μὴ μόνον οὖν αὐτὸν καλῶμεν κύριον· οὐ γὰρ τοῦτο σώσει ἡμᾶς. 2. λέγει γάρ· «Οὐ πᾶς ὁ λέγων μοι· Κύριε κύριε, σωθήσεται, ἀλλ' ὁ ποιῶν τὴν δικαιοσύνην.» 3. ὥστε οὖν, ἀδελφοί, ἐν τοῖς ἔργοις αὐτὸν ὁμολογῶμεν, ἐν τῷ ἀγαπᾶν ἑαυτούς, ἐν τῷ μὴ μοιχᾶσθαι μηδὲ καταλαλεῖν ἀλλήλων μηδὲ ζηλοῦν, ἀλλ' ἐγκρατεῖς εἶναι, ἐλεήμονας, ἀγαθούς· καὶ συμπάσχειν ἀλλήλοις ὀφείλομεν, καὶ μὴ φιλαργυρεῖν. ἐν τούτοις τοῖς ἔργοις ὁμολογῶμεν αὐτὸν καὶ μὴ ἐν τοῖς ἐναντίοις· 4. καὶ οὐ δεῖ ἡμᾶς φοβεῖσθαι τοὺς ἀνθρώπους μᾶλλον, ἀλλὰ τὸν θεόν. 5. διὰ τοῦτο, ταῦτα ὑμῶν πρασσόντων, εἶπεν ὁ κύριος· «Ἐὰν ἦτε μετ' ἐμοῦ συνηγμένοι ἐν τῷ κόλπῳ μου καὶ μὴ ποιῆτε τὰς ἐντολάς μου, ἀποβαλῶ ὑμᾶς καὶ ἐρῶ ὑμῖν· Ὑπάγετε ἀπ' ἐμοῦ, οὐκ οἶδα ὑμᾶς, πόθεν ἐστέ, ἐργάται ἀνομίας.»

V. Ὅθεν, ἀδελφοί, καταλείψαντες τὴν παροικίαν τοῦ κόσμου τούτου ποιήσωμεν τὸ θέλημα τοῦ καλέσαντος ἡμᾶς, καὶ μὴ φοβηθῶμεν ἐξελθεῖν ἐκ τοῦ κόσμου τούτου. 2. λέγει γὰρ ὁ κύριος· «Ἔσεσθε ὡς ἀρνία ἐν μέσῳ λύκων.» 3. ἀποκριθεὶς δὲ ὁ Πέτρος αὐτῷ λέγει· «Ἐὰν οὖν διασπα-

---

[2] Mt. 7, 21.
[9] Cf. Is. 40, 11; Lc. 13, 25-27; Mt. 7, 23.
[14] Lc. 10, 3.
[15] Lc. 12, 4-5; Mt. 5, 10, 28.

los corderos? 4. Respondió Jesús a Pedro: *No teman los corderos a los lobos después de morir. Así, vosotros no temáis tampoco a los que os matan y nada más os pueden hacer; sino temed al que después de muertos tiene poder sobre alma y cuerpo para arrojarlos a la gehenna del fuego.* 5. Y ya sabéis, hermanos, que nuestra peregrinación de esta carne por este mundo es pequeña y de breve duración; mas la promesa de Cristo, grande y maravillosa y descanso del reino venidero y de la vida perdurable. 6. Pues ¿qué hemos de hacer para alcanzar esos bienes, sino portarnos santa y justamente, y considerar todas estas cosas mundanas como ajenas y no codiciarlas? 7. Porque por el mero hecho de codiciar su posesión, ya nos desviamos del camino justo.

NO SE PUEDE SERVIR A DOS SEÑORES.

VI. Mas el Señor dice: *Ningún criado puede servir a dos amos.* Si nosotros queremos servir a Dios y al dinero, nos es cosa sin provecho. 2. Porque ¿qué provecho hay en ganar todo el mundo, si se daña al alma? 3. Este mundo y el otro son dos enemigos. 4. Este predica el adulterio, la corrupción, la avaricia y el engaño; el otro renuncia a todas esas cosas. 5. No podemos, por ende, ser amigos de los dos; sino que no tenemos otro remedio que renunciar a éste y usar de aquél. 6. Pensamos que vale más aborrecer las cosas de aquí, pues son mezquinas, pasajeras y corruptibles, y amar las de allá,

ράξωσιν οἱ λύκοι τὰ ἀρνία ; 4. εἶπεν ὁ Ἰησοῦς τῷ Πέτρῳ· Μὴ φοβείσθωσαν τὰ ἀρνία τούς λύκους μετὰ τὸ ἀποθανεῖν αὐτά· καὶ ὑμεῖς μὴ φοβεῖσθε τοὺς ἀποκτέννοντας ὑμᾶς καὶ μηδὲν ὑμῖν δυναμένους ποιεῖν, ἀλλὰ φοβεῖσθε τὸν μετὰ τὸ ἀποθανεῖν ὑμᾶς ἔχοντα ἐξουσίαν ψυχῆς καὶ σώματος τοῦ βαλεῖν εἰς γέενναν πυρός.» 5. καὶ γινώσκετε, ἀδελφοί, ὅτι ἡ ἐπιδημία ἡ ἐν τῷ κόσμῳ τούτῳ τῆς σαρκὸς ταύτης μικρά ἐστιν καὶ ὀλιγοχρόνιος, ἡ δὲ ἐπαγγελία τοῦ Χριστοῦ μεγάλη καὶ θαυμαστή ἐστιν, καὶ ἀνάπαυσις τῆς μελλούσης βασιλείας καὶ ζωῆς αἰωνίου. 6. τί οὖν ἐστὶν ποιήσαντας ἐπιτυχεῖν αὐτῶν, εἰ μὴ τὸ ὁσίως καὶ δικαίως ἀναστρέφεσθαι καὶ τὰ κοσμικὰ ταῦτα ὡς ἀλλότρια ἡγεῖσθαι καὶ μὴ ἐπιθυμεῖν αὐτῶν ; 7. ἐν γὰρ τῷ ἐπιθυμεῖν ἡμᾶς κτήσασθαι ταῦτα ἀποπίπτομεν τῆς ὁδοῦ τῆς δικαίας.

VI. Λέγει δὲ ὁ κύριος· «Οὐδεὶς οἰκέτης δύναται δυσὶ κυρίοις δουλεύειν». ἐὰν ἡμεῖς θέλωμεν καὶ θεῷ δουλεύειν καὶ μαμωνᾷ, ἀσύμφορον ἡμῖν ἐστίν. 2. «τί γὰρ τὸ ὄφελος, ἐάν τις τὸν κόσμον ὅλον κερδήσῃ, τὴν δὲ ψυχὴν ζημιωθῇ ;» 3. ἔστιν δὲ οὗτος ὁ αἰὼν καὶ ὁ μέλλων δύο ἐχθροί. 4. οὗτος λέγει μοιχείαν καὶ φθορὰν καὶ φιλαργυρίαν καὶ ἀπάτην, ἐκεῖνος δὲ τούτοις ἀποτάσσεται. 5. οὐ δυνάμεθα οὖν τῶν δύο φίλοι εἶναι· δεῖ δὲ ἡμᾶς τούτῳ ἀποταξαμένους ἐκείνῳ χρᾶσθαι. 6. οἰόμεθα, ὅτι βέλτιόν ἐστιν τὰ ἐνθάδε μισῆσαι, ὅτι μικρὰ καὶ ὀλιγοχρόνια καὶ φθαρτά, ἐκεῖνα δὲ

[12] Lc. 16, 13; Mt. 6, 24.
[14] Mt. 16, 26.

que son los bienes incorruptibles. 7. En efecto, cumpliendo la voluntad de Cristo, hallaremos descanso; en caso contrario, si desobedecemos a sus mandamientos, nada será capaz de librarnos del castigo eterno. 8. Y así dice la Escritura en Ecequiel: *Aun cuando se levanten Noé, Job y Daniel, no librarán a sus hijos en la cautividad.* 9. Ahora bien, si tan grandes justos no pueden con sus justicias librar a sus hijos, ¿con qué confianza entraremos nosotros al palacio de Dios, caso de no haber guardado nuestro bautismo puro y sin mancilla? ¿O quién será nuestro abogado, si nos hallamos sin obras santas y justas?

La vida del cristiano, vida de combate.

VII. Así, pues, hermanos, combatamos, sabiendo como sabemos que traemos entre manos un combate. Muchos son los que navegan a los combates corruptibles, pero no todos son coronados, sino los que han trabajado mucho y han combatido debidamente. 2. Combatamos, pues, nosotros, a fin de ser coronados todos. 3. Y así, corramos por el recto camino hacia el combate incorruptible y naveguemos muchos a él y combatamos, para ser también coronados, y si no todos logramos ser coronados, acerquémonos siquiera a la corona.

ἀγαπῆσαι, τὰ ἀγαθὰ τὰ ἄφθαρτα. 7. ποιοῦντες γὰρ τὸ θέλημα τοῦ Χρι-
στοῦ εὑρήσομεν ἀνάπαυσιν· εἰ δὲ μήγε, οὐδὲν ἡμᾶς ῥύσεται ἐκ τῆς αἰωνίου
κολάσεως, ἐὰν παρακούσωμεν τῶν ἐντολῶν αὐτοῦ. 8. λέγει δὲ καὶ ἡ
γραφὴ ἐν τῷ Ἰεζεκιήλ, ὅτι «ἐὰν ἀναστῇ Νῶε καὶ Ἰὼβ καὶ Δανιήλ, οὐ
ῥύσονται τὰ τέκνα αὐτῶν ἐν τῇ αἰχμαλωσίᾳ.»[5] 9. εἰ δὲ καὶ οἱ τοιοῦτοι
δίκαιοι οὐ δύνανται ταῖς ἑαυτῶν δικαιοσύναις ῥύσασθαι τὰ τέκνα αὐτῶν,
ἡμεῖς, ἐὰν μὴ τηρήσωμεν τὸ βάπτισμα ἁγνὸν καὶ ἀμίαντον, ποίᾳ πεποιθή-
σει εἰσελευσόμεθα εἰς τὸ βασίλειον τοῦ θεοῦ; ἢ τίς ἡμῶν παράκλητος
ἔσται, ἐὰν μὴ εὑρεθῶμεν ἔργα ἔχοντες ὅσια καὶ δίκαια;
VII. Ὥστε οὖν, ἀδελφοί μου, ἀγωνισώμεθα εἰδότες, ὅτι ἐν χερσὶν
ὁ ἀγὼν καὶ ὅτι εἰς τοὺς φθαρτοὺς ἀγῶνας καταπλέουσιν πολλοί, ἀλλ' οὐ
πάντες στεφανοῦνται, εἰ μὴ οἱ πολλὰ κοπιάσαντες καὶ καλῶς ἀγωνισά-
μενοι. 2. ἡμεῖς οὖν ἀγωνισώμεθα, ἵνα πάντες στεφανωθῶμεν. 3. ὥστε
θέωμεν τὴν ὁδὸν τὴν εὐθεῖαν, ἀγῶνα τὸν ἄφθαρτον, καὶ πολλοὶ εἰς αὐτὸν
καταπλεύσωμεν καὶ ἀγωνισώμεθα, ἵνα καὶ στεφανωθῶμεν· καὶ εἰ μὴ δυ-

[5] Ez. 14, 14-20.

4. Pero tenemos que saber que si uno lucha en un combate corruptible y se le sorprende infringiendo las leyes del combate, se le azota y se le arroja fuera del estadio. 5. ¿Qué os parece que habrá de sufrir el que infringe las leyes del combate de la incorrupción? 6. Y, en efecto, de los que no guardan el sello, dice la Escritura que *su gusano no morirá y su fuego no se extinguirá, y serán espectáculo para toda carne.*

LLAMAMIENTO A LA PENITENCIA.

VIII. Ahora bien, mientras estamos sobre la tierra, arrepintámonos, 2. Somos, en efecto, como un pedazo de barro en manos del artífice. Porque a la manera que un alfarero cuando fabrica un vaso, si se le tuerce o rompe mientras lo tiene en las manos, lo vuelve a modelar; pero una vez que lo metió en el horno, ya no le puede hacer nada; así también nosotros, mientras estamos en este mundo, arrepintámonos de todo corazón de los pecados que cometimos en la carne, a fin de ser salvados por el Señor mientras tenemos tiempo de penitencia. 3. Porque una vez que hubiéremos salido de este mundo, ya no podemos en el otro confesarnos ni hacer penitencia. 4. En conclusión, hermanos, si hiciéremos la voluntad del Padre y guardáremos pura nuestra carne y cumpliéremos los mandamientos del Señor, alcanzaremos la vida eterna. 5. Dice, en efecto, el Señor en el Evangelio: *Si no*

νάμεθα πάντες στεφανωθῆναι, κἂν ἐγγὺς τοῦ στεφάνου γενώμεθα. 4. εἰδέναι ἡμᾶς δεῖ, ὅτι ὁ τὸν φθαρτὸν ἀγῶνα ἀγωνιζόμενος, ἐὰν εὑρεθῇ φθείρων μαστιγωθεὶς αἴρεται καὶ ἔξω βάλλεται τοῦ σταδίου. 5. τί δοκεῖτε; ὁ τὸν τῆς ἀφθαρσίας ἀγῶνα φθείρας τί παθεῖται; 6. τῶν γὰρ μὴ τηρησάντων, φησίν, τὴν σφραγῖδα «ὁ σκώληξ αὐτῶν οὐ τελευτήσει καὶ τὸ πῦρ αὐτῶν οὐ σβεσθήσεται, καὶ ἔσονται εἰς ὅρασιν πάσῃ σαρκί».

VIII. Ὡς οὖν ἐσμὲν ἐπὶ γῆς, μετανοήσωμεν. 2. πηλὸς γάρ ἐσμεν εἰς τὴν χεῖρα τοῦ τεχνίτου· ὃν τρόπον γὰρ ὁ κεραμεύς, ἐὰν ποιῇ σκεῦος καὶ ἐν ταῖς χερσὶν αὐτοῦ διαστραφῇ ἢ συντριβῇ, πάλιν αὐτὸ ἀναπλάσσει, ἐὰν δὲ προφθάσῃ εἰς τὴν κάμινον τοῦ πυρὸς αὐτὸ βαλεῖν, οὐκέτι βοηθήσει αὐτῷ· οὕτως καὶ ἡμεῖς, ἕως ἐσμὲν ἐν τούτῳ τῷ κόσμῳ, ἐν τῇ σαρκὶ ἃ ἐπράξαμεν πονηρὰ μετανοήσωμεν ἐξ ὅλης τῆς καρδίας, ἵνα σωθῶμεν ὑπὸ τοῦ κυρίου, ἕως ἔχομεν καιρὸν μετανοίας. 3. μετὰ γὰρ τὸ ἐξελθεῖν ἡμᾶς ἐκ τοῦ κόσμου οὐκέτι δυνάμεθα ἐκεῖ ἐξομολογήσασθαι ἢ μετανοεῖν ἔτι. 4. ὥστε, ἀδελφοί, ποιήσαντες τὸ θέλημα τοῦ πατρὸς καὶ τὴν σάρκα ἁγνὴν τηρήσαντες καὶ τὰς ἐντολὰς τοῦ κυρίου φυλάξαντες ληψόμεθα ζωὴν αἰώνιον. 5. λέγει γὰρ ὁ κύριος ἐν τῷ εὐαγγελίῳ· «Εἰ τὸ μικρὸν οὐκ

---

[5] Is. 66, 24; cf. Mc. 9, 44, 46, 48.
[17] Mt. 25, 21-23; Lc. 16, 10-12.

guardasteis lo pequeño, ¿quién os encomendará lo grande? Porque os digo que quien es fiel en lo poco, también es fiel en lo mucho. 6. Ahora bien, lo que dice es esto: guardad vuestra carne pura y el sello incontaminado, para que recibamos la vida eterna.

NUESTRO CUERPO, TEMPLO DE DIOS.

IX. Y nadie de vosotros diga que esta carne no es juzgada ni resucita. 2. Entended: ¿En qué fuisteis salvados, en qué recobrasteis la vista, sino estando en esta carne? 3. Luego es preciso que guardemos nuestra carne como un templo de Dios. 4. Porque a la manera que en la carne fuisteis llamados, en la carne vendréis. 5. Si Cristo, el Señor que nos ha salvado, siendo primero espíritu, se hizo carne, y así nos salvó, así también nosotros en esta carne recibiremos nuestro galardón.

6. Amémonos, pues, los unos a los otros, a fin de llegar todos al reino de Dios. 7. Mientras tenemos tiempo de ser curados, entreguémonos a Dios, que nos sana, dándole la paga por ello. 8. ¿Qué paga? El arrepentirnos con corazón sincero. 9. Previsor es Él de todas las cosas y sabedor de nuestros íntimos sentimientos. 10. Tributémosle, pues, alabanza, no sólo de boca, sino también de corazón, a fin de que nos reciba por hijos. 11. Dijo, en efecto, el Señor: *Estos son mis hermanos, los que cumplen la voluntad de mi Padre.*

ἐτηρήσατε, τὸ μέγα τίς ὑμῖν δώσει; λέγω γὰρ ὑμῖν, ὅτι ὁ πιστὸς ἐν ἐλαχίστῳ καὶ ἐν πολλῷ πιστός ἐστιν.» 6. ἄρα οὖν τοῦτο λέγει· τηρήσατε τὴν σάρκα ἁγνὴν καὶ τὴν σφραγῖδα ἄσπιλον, ἵνα τὴν αἰώνιον ζωὴν ἀπολάβωμεν.

IX. Καὶ μὴ λεγέτω τις ὑμῶν, ὅτι αὕτη ἡ σὰρξ οὐ κρίνεται οὐδὲ ἀνίσταται. 2. γνῶτε· ἐν τίνι ἐσώθητε, ἐν τίνι ἀνεβλέψατε, εἰ μὴ ἐν τῇ σαρκὶ ταύτῃ ὄντες; 3. δεῖ οὖν ἡμᾶς ὡς ναὸν θεοῦ φυλάσσειν τὴν σάρκα. 4. ὃν τρόπον γὰρ ἐν τῇ σαρκὶ ἐκλήθητε, καὶ ἐν τῇ σαρκὶ ἐλεύσεσθε. 5. εἰ Χριστὸς ὁ κύριος ὁ σώσας ἡμᾶς, ὢν μὲν τὸ πρῶτον πνεῦμα, ἐγένετο σὰρξ καὶ οὕτως ἡμᾶς ἐκάλεσεν· οὕτως καὶ ἡμεῖς ἐν ταύτῃ τῇ σαρκὶ ἀποληψόμεθα τὸν μισθόν. 6. ἀγαπῶμεν οὖν ἀλλήλους, ὅπως ἔλθωμεν πάντες εἰς τὴν βασιλείαν τοῦ θεοῦ. 7. ὡς ἔχομεν καιρὸν τοῦ ἰαθῆναι, ἐπιδῶμεν ἑαυτοὺς τῷ θεραπεύοντι θεῷ, ἀντιμισθίαν αὐτῷ διδόντες. 8. ποίαν; τὸ μετανοῆσαι ἐξ εἰλικρινοῦς καρδίας. 9. προγνώστης γάρ ἐστιν τῶν πάντων καὶ εἰδὼς ἡμῶν τὰ ἐν καρδίᾳ. 10. δῶμεν οὖν αὐτῷ αἶνον, μὴ ἀπὸ στόματος μόνον, ἀλλὰ καὶ ἀπὸ καρδίας, ἵνα ἡμᾶς προσδέξηται ὡς υἱούς. 11. καὶ γὰρ εἶπεν ὁ κύριος· «Ἀδελφοί μου οὗτοί εἰσιν οἱ ποιοῦντες τὸ θέλημα τοῦ πατρός μου.»

[17] Mt. 12, 50; Lc. 8, 21.

HAGAMOS LA VOLUNTAD DIVINA.

X. Así, pues, hermanos míos, hagamos la voluntad del Padre que nos ha llamado, a fin de vivir; y sigamos antes bien la virtud y demos de mano a la maldad, como adalid que es de nuestros pecados. Y huyamos la impiedad, no sea que nos alcancen males. 2. Porque si nos esforzáremos en hacer bien, nos perseguirá la paz. 3. Pues por esta causa no es posible hallar un hombre de entre quienes fomentan temores humanos, por preferir antes el goce de aquí que la promesa venidera. 4. Y es que ignoran qué gran tormento está reservado al goce de aquí y qué placer nos guarda la promesa futura. 5. Y si sólo ellos hicieran esto, fuera tolerable; pero es el caso que no cesan de pervertir con sus doctrinas las almas inocentes, sin saber que tendrán doble condenación: la suya y la de quienes los escuchan.

TENGAMOS FE EN LAS PROMESAS DIVINAS

XI. Nosotros, pues, sirvamos a Dios con corazón puro y seremos justos; mas si no le sirviéremos por no tener fe en la promesa de Dios, seremos desgraciados. 2. Dice, en efecto, la palabra profética: *Desgraciados son los dobles de alma, los que dudan en su corazón y dicen: "Todo eso, mucho hace que lo hemos oído también en tiempo de nuestros padres; mas nosotros, esperando*

X. Ὥστε, ἀδελφοί μου, ποιήσωμεν τὸ θέλημα τοῦ πατρὸς τοῦ καλέσαντος ἡμᾶς, ἵνα ζήσωμεν, καὶ διώξωμεν μᾶλλον τὴν ἀρετήν· τὴν δὲ κακίαν καταλείψωμεν ὡς προοδοιπόρον τῶν ἁμαρτιῶν ἡμῶν, καὶ φύγωμεν τὴν ἀσέβειαν, μὴ ἡμᾶς καταλάβῃ κακά. 2. ἐὰν γὰρ σπουδάσωμεν ἀγαθοποιεῖν, διώξεται ἡμᾶς εἰρήνη. 3. διὰ ταύτην γὰρ τὴν αἰτίαν οὐκ ἔστιν εὑρεῖν ἄνθρωπον, οἵτινες παράγουσι φόβους ἀνθρωπίνους, προηρημένοι μᾶλλον τὴν ἐνθάδε ἀπόλαυσιν ἢ τὴν μέλλουσαν ἐπαγγελίαν. 4. ἀγνοοῦσιν γάρ, ἡλίκην ἔχει βάσανον ἡ ἐνθάδε ἀπόλαυσις, καὶ οἵαν τρυφὴν ἔχει ἡ μέλλουσα ἐπαγγελία. 5. καὶ εἰ μὲν αὐτοὶ μόνοι ταῦτα ἔπρασσον, ἀνεκτὸν ἦν· νῦν δὲ ἐπιμένουσιν κακοδιδασκαλοῦντες τὰς ἀναιτίους ψυχάς, οὐκ εἰδότες, ὅτι δισσὴν ἕξουσιν τὴν κρίσιν, αὐτοί τε καὶ οἱ ἀκούοντες αὐτῶν.

XI. Ἡμεῖς οὖν ἐν καθαρᾷ καρδίᾳ δουλεύσωμεν τῷ θεῷ, καὶ ἐσόμεθα δίκαιοι· ἐὰν δὲ μὴ δουλεύσωμεν διὰ τὸ μὴ πιστεύειν ἡμᾶς τῇ ἐπαγγελίᾳ τοῦ θεοῦ, ταλαίπωροι ἐσόμεθα. 2. λέγει γὰρ καὶ ὁ προφητικὸς λόγος· «Ταλαίπωροί εἰσιν οἱ δίψυχοι, οἱ διστάζοντες τῇ καρδίᾳ, οἱ λέγοντες Ταῦτα πάλαι ἠκούσαμεν καὶ ἐπὶ τῶν πατέρων ἡμῶν, ἡμεῖς δὲ ἡμέραν ἐξ

---

[16] Unde? Cf. 1 Clem, 23, 3, 4.

día tras día, nada de eso hemos visto." 3. *Insensatos, comparaos con un árbol, tomad por ejemplo una viña: primero se le cae la hoja, luego echa un brote; después de eso viene el agraz y, por fin, madura la uva.* 4. *De este modo, mi pueblo sufrió devastaciones y tribulaciones y luego recibirá los bienes.*

5. Así, pues, hermanos míos, no dudemos, sino perseveremos con esperanza, a fin de recibir también el galardón. 6. Porque fiel es el que ha prometido dar a cada uno la paga de sus obras. 7. Por tanto, si practicáremos la justicia delante de Dios, entraremos en su reino y recibiremos las promesas que *ni oído oyó, ni ojo vió, ni corazón de hombre alcanzó.*

Cuándo vendrá el reino de Dios.

XII. Esperemos, pues, en cada momento, el reino de Dios en caridad y justicia, pues no sabemos el día de la manifestación de Dios. 2. Preguntado, en efecto, el Señor mismo por alguien sobre cuándo vendría su reino, contestó: *Cuando el dos sea uno, y lo de fuera como lo de dentro, y lo masculino con lo femenino, ni masculino ni femenino.* 3. Ahora bien, el dos es uno cuando hablamos unos con otros verdad, y en dos cuerpos hay sin fingimiento una sola alma. 4. Y lo otro de "lo de fuera como lo de dentro" significa: al alma llama lo de den-

ἡμέρας προσδεχόμενοι οὐδὲν τούτων ἑωράκαμεν. 3. ἀνόητοι, συμβάλετε ἑαυτοὺς ξύλῳ· λάβετε ἄμπελον· πρῶτον μὲν φυλλοροεῖ, εἶτα βλαστὸς γίνεται, μετὰ ταῦτα ὄμφαξ, εἶτα σταφυλὴ παρεστηκυῖα· 4. οὕτως καὶ ὁ λαός μου ἀκαταστασίας καὶ θλίψεις ἔσχεν· ἔπειτα ἀπολήψεται τὰ ἀγαθά». 5. ὥστε, ἀδελφοί μου, μὴ διψυχῶμεν, ἀλλὰ ἐλπίσαντες ὑπομείνωμεν ἵνα καὶ τὸν μισθὸν κομισώμεθα. 6. «πιστὸς γάρ ἐστιν ὁ ἐπαγγειλάμενος» τὰς ἀντιμισθίας ἀποδιδόναι ἑκάστῳ τῶν ἔργων αὐτοῦ. 7. ἐὰν οὖν ποιήσωμεν τὴν δικαιοσύνην ἐναντίον τοῦ θεοῦ, εἰσήξομεν εἰς τὴν βασιλείαν αὐτοῦ καὶ ληψόμεθα τὰς ἐπαγγελίας, ἃς «οὖς οὐκ ἤκουσεν οὐδὲ ὀφθαλμὸς εἶδεν, οὐδὲ ἐπὶ καρδίαν ἀνθρώπου ἀνέβη».

XII. Ἐκδεχώμεθα οὖν καθ' ὥραν τὴν βασιλείαν τοῦ θεοῦ ἐν ἀγάπῃ καὶ δικαιοσύνῃ, ἐπειδὴ οὐκ οἴδαμεν τὴν ἡμέραν τῆς ἐπιφανείας τοῦ θεοῦ. 2. ἐπερωτηθεὶς γὰρ αὐτὸς ὁ κύριος ὑπό τινος, πότε ἥξει αὐτοῦ ἡ βασιλεία, εἶπεν· «Ὅταν ἔσται τὰ δύο ἕν, καὶ τὸ ἔξω ὡς τὸ ἔσω, καὶ τὸ ἄρσεν μετὰ τῆς θηλείας, οὔτε ἄρσεν οὔτε θῆλυ.» 3. τὰ δύο δὲ ἕν ἐστιν, ὅταν λαλῶμεν ἑαυτοῖς ἀλήθειαν καὶ ἐν δυσὶ σώμασιν ἀνυποκρίτως εἴη μία ψυχή. 4. καὶ τὸ ἔξω ὡς τὸ ἔσω, τοῦτο λέγει· τὴν ψυχὴν λέγει τὸ ἔσω, τὸ δὲ ἔξω τὸ

[6] Hebr. 10, 23.
[9] 1 Cor. 2, 9; cf. Is. 64, 4; 65, 16.
[14] Unde? Cf. Clem. Alex., *Strom.*, III, 13, 92.

tro y al cuerpo lo de fuera. Así, pues, al modo que tu cuerpo se manifiesta, así tu alma hágase manifiesta en las buenas obras. 5. Lo de: "Lo masculino con lo femenino, ni masculino ni femenino", quiere decir: que un hermano viendo a una hermana no piense sobre ella nada referente a la hembra; ni la hermana viendo al hermano piense acerca de él nada referente al varón. 6. *Cuando vosotros*—dice el Señor—*hiciereis esto, vendrá el reino de mi Padre.*

La edificación de "los de fuera", deber del cristiano.

XIII. En conclusión, hermanos, arrepintámonos ya por fin y vigilemos para el bien, pues estamos llenos de mucha insensatez y maldad. Borremos de nosotros los pecados anteriores y, arrepentidos de alma, salvémonos. Y no tratemos sólo de agradar a los hombres ni queramos agradarnos sólo los unos a los otros, sino tratemos también de edificar por nuestra justicia a los hombres de fuera, a fin de que por nuestra culpa no sea blasfemado el Nombre. 2. Dice, en efecto, el Señor: *En todo tiempo se blasfema mi nombre en todas las naciones.* Y otra vez: *¡Ay de aquél por cuya culpa se blasfema mi nombre. ¿Por qué se blasfema? Porque vosotros no hacéis lo que yo quiero.* 3. En efecto, cuando los gentiles oyen de nuestra boca las sentencias de Dios, las admiran como bellas y grandes; luego, cuando se enteran de que nuestras obras no corresponden a las palabras que de-

σῶμα λέγει. ὃν τρόπον οὖν σου τὸ σῶμα φαίνεται, οὕτως καὶ ἡ ψυχή σου δῆλος ἔστω ἐν τοῖς καλοῖς ἔργοις. 5. καὶ τὸ ἄρσεν μετὰ τῆς θηλείας, οὔτε ἄρσεν οὔτε θῆλυ, τοῦτο λέγει· ἵνα ἀδελφὸς ἰδὼν ἀδελφὴν οὐδὲν φρονῇ περὶ αὐτῆς θηλυκόν, μηδὲ φρονῇ τι περὶ αὐτοῦ ἀρσενικόν. 6. ταῦτα ὑμῶν ποιούντων, φησίν, ἐλεύσεται ἡ βασιλεία τοῦ πατρός μου.

XIII. Ἀδελφοὶ οὖν, ἤδη ποτὲ μετανοήσωμεν, νήψωμεν ἐπὶ τὸ ἀγαθόν· μεστοὶ γάρ ἐσμεν πολλῆς ἀνοίας καὶ πονηρίας. ἐξαλείψωμεν ἀφ' ἡμῶν τὰ πρότερα ἁμαρτήματα καὶ μετανοήσαντες ἐκ ψυχῆς σωθῶμεν, καὶ μὴ γινώμεθα ἀνθρωπάρεσκοι μηδὲ θέλωμεν μόνον ἑαυτοῖς ἀρέσκειν, ἀλλὰ καὶ τοῖς ἔξω ἀνθρώποις ἐπὶ τῇ δικαιοσύνῃ, ἵνα τὸ ὄνομα δι' ἡμᾶς μὴ βλασφημῆται. 2. λέγει γὰρ ὁ κύριος· «Διὰ παντὸς τὸ ὄνομά μου βλασφημεῖται ἐν πᾶσιν τοῖς ἔθνεσιν,» καὶ πάλιν· «Οὐαὶ δι' ὃν βλασφημεῖται τὸ ὄνομά μου. ἐν τίνι βλασφημεῖται; ἐν τῷ μὴ ποιεῖν ὑμᾶς ἃ βούλομαι.» 3. τὰ ἔθνη γὰρ ἀκούοντα ἐκ τοῦ στόματος ἡμῶν τὰ λόγια τοῦ θεοῦ ὡς καλὰ καὶ μεγάλα θαυμάζει· ἔπειτα καταμαθόντα τὰ ἔργα ἡμῶν ὅτι οὐκ

[11] Is. 52, 5.
[12] Unde?

cinos, se revuelven en blasfemias, diciendo que es todo fábula y desvarío. 4. Cuando, efectivamente, nos oyen decir que dice Dios: *No tiene mérito que améis a los que os aman; el mérito está en que améis a vuestros enemigos y a los que os aborrecen;* cuando esto oyen, se maravillan de la excelencia de su bondad; mas cuando ven que no sólo no amamos a los que nos aborrecen, pero ni siquiera a los que nos aman, se mofan de nosotros y se blasfema el Nombre.

Pertenezcamos a la Iglesia espiritual, cuerpo de Cristo.

XIV. Así, pues, hermanos, si cumpliéremos la voluntad del Padre, nuestro Dios, perteneceremos a la Iglesia primera, la espiritual, la que fué fundada antes del sol y la luna; mas si no cumpliéremos la voluntad del Señor, seremos de aquella Escritura que dice: *Mi casa se convirtió en una cueva de bandidos.* Escojamos, por ende, pertenecer a la Iglesia de la vida, a fin de salvarnos. 2. No creo, por lo demás, que ignoréis cómo la Iglesia viviente es *el cuerpo de Cristo,* pues dice la Escritura: *Creó Dios al hombre varón y hembra.* El varón es Cristo; la hembra, la Iglesia. Como tampoco que los Libros y los Apóstoles nos enseñan cómo la Iglesia no es de ahora, sino de antes. Era, en efecto, la Iglesia espi-

ἔστιν ἄξια τῶν ῥημάτων ὧν λέγομεν, ἔνθεν εἰς βλασφημίαν τρέπονται, λέγοντες εἶναι μῦθόν τινα καὶ πλάνην. 4. ὅταν γὰρ ἀκούσωσιν παρ' ἡμῶν, ὅτι λέγει ὁ θεός· «Οὐ χάρις ὑμῖν, εἰ ἀγαπᾶτε τοὺς ἀγαπῶντας ὑμᾶς, ἀλλὰ χάρις ὑμῖν, εἰ ἀγαπᾶτε τοὺς ἐχθροὺς καὶ τοὺς μισοῦντας ὑμᾶς·» ταῦτα ὅταν ἀκούσωσιν, θαυμάζουσιν τὴν ὑπερβολὴν τῆς ἀγαθότητος· ὅταν δὲ ἴδωσιν, ὅτι οὐ μόνον τοὺς μισοῦντας οὐκ ἀγαπῶμεν, ἀλλ' ὅτι οὐδὲ τοὺς ἀγαπῶντας, καταγελῶσιν ἡμῶν, καὶ βλασφημεῖται τὸ ὄνομα.

XIV. Ὥστε, ἀδελφοί, ποιοῦντες τὸ θέλημα τοῦ πατρὸς ἡμῶν θεοῦ ἐσόμεθα ἐκ τῆς ἐκκλησίας τῆς πρώτης, τῆς πνευματικῆς, τῆς πρὸ ἡλίου καὶ σελήνης ἐκτισμένης· ἐὰν δὲ μὴ ποιήσωμεν τὸ θέλημα κυρίου, ἐσόμεθα ἐκ τῆς γραφῆς τῆς λεγούσης· «Ἐγενήθη ὁ οἶκός μου σπήλαιον λῃστῶν.» ὥστε οὖν αἱρετισώμεθα ἀπὸ τῆς ἐκκλησίας τῆς ζωῆς εἶναι, ἵνα σωθῶμεν. 2. οὐκ οἴομαι δὲ ὑμᾶς ἀγνοεῖν, ὅτι «ἐκκλησία ζῶσα σῶμά ἐστιν Χριστοῦ·» λέγει γὰρ ἡ γραφή· «Ἐποίησεν ὁ θεὸς τὸν ἄνθρωπον ἄρσεν καὶ θῆλυ·» τὸ ἄρσεν ἐστὶν ὁ Χριστός, τὸ θῆλυ ἡ ἐκκλησία· καὶ ἔτι τὰ βιβλία καὶ οἱ ἀπόστολοι τὴν ἐκκλησίαν οὐ νῦν εἶναι, ἀλλὰ ἄνωθεν. ἦν γὰρ πνευματική,

---

2 Lc. 6, 32, 35.
10 Ier. 7, 11; cf. Mt. 21, 13.
12 Eph. 1, 22, 23.
13 Gn. 1, 27.

ritual, como también nuestro Jesús, pero se manifestó en los últimos días para salvarnos. 3. Pero la Iglesia, siendo espiritual, se manifestó en la carne de Cristo, poniéndonos así de manifiesto que quien la guardare, la recibirá en el Espíritu Santo. Porque esta carne es la figura del Espíritu Santo. Nadie, pues, que corrompiere la figura, recibirá el original. En definitiva, pues, hermanos, esto es lo que dice: "Guardad vuestra carne, a fin de que participéis del Espíritu." 4. Ahora bien, si decimos que la Iglesia es la carne y Cristo el Espíritu, luego el que deshonra la carne, deshonra a la Iglesia. Ese tal, por ende, no tendrá parte en el Espíritu, que es Cristo. 5. De tan grande vida e incorrupción es capaz de participar esta carne por la unión del Espíritu Santo, que nadie puede decir cumplidamente ni explicar *lo que el Señor ha preparado a sus escogidos.*

LA GLORIA DE CONVERTIR UN ALMA.

XV. No creo que os he dado menguado consejo sobre la continencia; quien lo siga, no se arrepentirá, sino que se salvará a sí mismo y a mí que se lo he dado. No es, en efecto, pequeña paga convertir para su salvación a un alma extraviada y perdida. 2. Porque ésta es la paga que tenemos para dar a Dios que nos ha creado, a saber, que lo mismo el que habla que el que escucha, hable o escuche con fe y caridad. 3. Permanezcamos,

ὡς καὶ ὁ 'Ιησοῦς ἡμῶν, ἐφανερώθη δὲ ἐπ' ἐσχάτων των ἡμερῶν, ἵνα ἡμᾶς σώσῃ. 3. ἡ ἐκκλησία δὲ πνευματικὴ οὖσα ἐφανερώθη ἐν τῇ σαρκὶ Χριστοῦ, δηλοῦσα ἡμῖν, ὅτι ἐάν τις ἡμῶν τηρήσῃ αὐτὴν ἐν τῇ σαρκὶ καὶ μὴ φθείρῃ, ἀπολήψεται αὐτὴν ἐν τῷ πνεύματι τῷ ἁγίῳ· ἡ γὰρ σὰρξ αὕτη ἀντίτυπός ἐστιν τοῦ πνεύματος· οὐδεὶς οὖν τὸ ἀντίτυπον φθείρας τὸ αὐθεντικὸν μεταλήψεται. ἄρα οὖν τοῦτο λέγει, ἀδελφοί· τηρήσατε τὴν σάρκα, ἵνα τοῦ πνεύματος μεταλάβητε. 4. εἰ δὲ λέγομεν εἶναι τὴν σάρκα τὴν ἐκκλησίαν καὶ τὸ πνεῦμα Χριστόν, ἄρα οὖν ὁ ὑβρίσας τὴν σάρκα ὕβρισεν τὴν ἐκκλησίαν. ὁ τοιοῦτος οὖν οὐ μεταλήψεται τοῦ πνεύματος, ὅ ἐστιν ὁ Χριστός. 5. τοσαύτην δύναται ἡ σὰρξ αὕτη μεταλαβεῖν ζωὴν καὶ ἀφθαρσίαν κολληθέντος αὐτῇ τοῦ πνεύματος τοῦ ἁγίου, οὔτε ἐξειπεῖν τις δύναται οὔτε λαλῆσαι, «ἃ ἡτοίμασεν ὁ κύριος» τοῖς ἐκλεκτοῖς αὐτοῦ.

XV. Οὐκ οἴομαι δέ, ὅτι μικρὰν συμβουλίαν ἐποιησάμην περὶ ἐγκρατείας, ἣν ποιήσας τις οὐ μετανοήσει, ἀλλὰ καὶ ἑαυτὸν σώσει κἀμὲ τὸν συμβουλεύσαντα. μισθὸς γὰρ οὐκ ἔστιν μικρὸς πλανωμένην ψυχὴν καὶ ἀπολλυμένην ἀποστρέψαι εἰς τὸ σωθῆναι. 2. ταύτην γὰρ ἔχομεν τὴν ἀντιμισθίαν ἀποδοῦναι τῷ θεῷ τῷ κτίσαντι ἡμᾶς, ἐὰν ὁ λέγων καὶ ἀκούων μετὰ πίστεως καὶ ἀγάπης καὶ λέγῃ καὶ ἀκούῃ. 3. ἐμμείνωμεν οὖν ἐφ'

1 Cor. 2, 9.

pues, justos y santos, en lo que creímos, a fin de que con confianza podamos suplicar al Dios que dice: *Cuando aun estés tú hablando, diré: Heme aquí presente.* 4. Signo es, efectivamente, esta palabra, de gran promesa, pues dice el Señor que está Él más aparejado para dar que quien pide para recibir. 5. Como participemos, pues, de tamaña bondad, no nos impidamos unos a otros alcanzar tan grandes bienes. Porque cuan grande es el placer que llevan aparejado estas palabras para quienes las practican, tan grande es la condenación para quienes las desoyeren.

LA PROXIMIDAD DEL JUICIO, MOTIVO DE CONVERSIÓN.

XVI. En conclusión, hermanos, pues hemos hallado no pequeña ocasión para hacer penitencia, ya que tenemos tiempo, convirtámonos al Dios que nos ha llamado, mientras todavía tenemos a quien nos recibe. 2. Porque si renunciamos a estos placeres y vencemos nuestra alma no consintiéndole cumplir sus codicias perversas, tendremos parte en la misericordia de Jesús. 3. Pues conoced que llega ya *el día del juicio, como un horno encendido, y algunos de los cielos se derretirán,* y toda la tierra será como plomo derretido al fuego. Y entonces aparecerán las obras de los hombres, las ocultas y las manifiestas. 4. Ahora bien, buena es la limosna

οἷς ἐπιστεύσαμεν δίκαιοι καὶ ὅσιοι, ἵνα μετὰ παρρησίας αἰτῶμεν τὸν θεὸν τὸν λέγοντα· «Ἔτι λαλοῦντός σου ἐρῶ· ἰδοὺ πάρειμι.» 4. τοῦτο γὰρ τὸ ῥῆμα μεγάλης ἐστὶν ἐπαγγελίας σημεῖον· ἑτοιμότερον γὰρ ἑαυτὸν λέγει ὁ κύριος εἰς τὸ διδόναι τοῦ αἰτοῦντος. 5. τοσαύτης οὖν χρηστότητος μεταλαμβάνοντες μὴ φθονήσωμεν ἑαυτοῖς τυχεῖν τοσούτων ἀγαθῶν. ὅσην γὰρ ἡδονὴν ἔχει τὰ ῥήματα ταῦτα τοῖς ποιήσασιν αὐτά, τοσαύτην κατάκρισιν ἔχει τοῖς παρακούσασιν.

XVI. Ὥστε, ἀδελφοί, ἀφορμὴν λαβόντες οὐ μικρὰν εἰς τὸ μετανοῆσαι, καιρὸν ἔχοντες ἐπιστρέψωμεν ἐπὶ τὸν καλέσαντα ἡμᾶς θεόν, ἕως ἔτι ἔχομεν τὸν παραδεχόμενον ἡμᾶς. 2. ἐὰν γὰρ ταῖς ἡδυπαθείαις ταύταις ἀποταξώμεθα καὶ τὴν ψυχὴν ἡμῶν νικήσωμεν ἐν τῷ μὴ ποιεῖν τὰς ἐπιθυμίας αὐτῆς τὰς πονηράς, μεταληψόμεθα τοῦ ἐλέους Ἰησοῦ. 3. γινώσκετε δέ, ὅτι ἔρχεται ἤδη «ἡ ἡμέρα τῆς κρίσεως ὡς κλίβανος καιόμενος, καὶ τακήσονταί τινες τῶν οὐρανῶν καὶ πᾶσα ἡ γῆ ὡς μόλιβος ἐπὶ πυρὶ τηκόμενος·» καὶ τότε φανήσεται τὰ κρύφια καὶ φανερὰ ἔργα τῶν ἀνθρώπων. 4. καλὸν οὖν ἐλεημοσύνη ὡς μετάνοια ἁμαρτίας· κρείσσων νηστεία προ-

[2] Is. 58, 9.
[13] Mal. 4, 1; Is. 34, 4.

como penitencia del pecado. Mejor es el ayuno que la oración y la limosna mejor que ambos; pero la *caridad cubre la muchedumbre de los pecados*, y la oración, que procede de buena conciencia, libra de la muerte. Bienaventurado el que fuere hallado lleno de estas virtudes, pues la limosna se convierte en alivio del pecado.

CELO POR LA SALVACIÓN DE NUESTROS HERMANOS.

XVII. Arrepintámonos, pues, de todo corazón, a fin de que ninguno de nosotros perezca. Porque si tenemos mandamiento de hacer también esto: apartar a los paganos de los ídolos, e instruirlos en la fe, ¡cuánto más hemos de trabajar porque no se pierda un alma que ya conoce a Dios! 2. Ayudémonos, por tanto, los unos a los otros en el empeño de reducir al bien a los débiles, a fin de que todos nos salvemos y unos a otros tratemos de convertirnos y corregirnos. 3. Y no parezca que sólo de momento creemos y atendemos, es decir, cuando somos amonestados por los ancianos, sino procuremos también, cuando nos retiramos a casa, recordar los preceptos del Señor y no dejarnos arrastrar por los deseos mundanos. Procuremos más bien reunirnos frecuentemente, a fin de que todos, *teniendo un solo sentir*, nos juntemos para la vida. 4. Porque dijo el Señor: *Vengo a reunir todas las naciones, tribus y lenguas*. Y en esto se refiere al día de su manifestación, cuando vendrá a rescatarnos, a cada uno según sus obras. 5. Y los incrédulos *verán*

σευχῆς, ἐλεημοσύνη δὲ ἀμφοτέρων· «ἀγάπη δὲ καλύπτει πλῆθος ἁμαρτιῶν»· προσευχὴ δὲ ἐκ καλῆς συνειδήσεως ἐκ θανάτου ῥύεται. μακάριος πᾶς ὁ εὑρεθεὶς ἐν τούτοις πλήρης· ἐλεημοσύνη γὰρ κούφισμα ἁμαρτίας γίνεται.

XVII. Μετανοήσωμεν οὖν ἐξ ὅλης καρδίας, ἵνα μή τις ἡμῶν παραπόληται. εἰ γὰρ ἐντολὰς ἔχομεν, ἵνα καὶ τοῦτο πράσσωμεν, ἀπὸ τῶν εἰδώλων ἀποσπᾶν καὶ κατηχεῖν, πόσῳ μᾶλλον ψυχὴν ἤδη γινώσκουσαν τὸν θεὸν οὐ δεῖ ἀπόλλυσθαι; 2. συλλάβωμεν οὖν ἑαυτοῖς καὶ τοὺς ἀσθενοῦντας ἀνάγειν περὶ τὸ ἀγαθόν, ὅπως σωθῶμεν ἅπαντες καὶ ἐπιστρέψωμεν ἀλλήλους καὶ νουθετήσωμεν. 3. καὶ μὴ μόνον ἄρτι δοκῶμεν πιστεύειν καὶ προσέχειν ἐν τῷ νουθετεῖσθαι ἡμᾶς ὑπὸ τῶν πρεσβυτέρων, ἀλλὰ καὶ ὅταν εἰς οἶκον ἀπαλλαγῶμεν, μνημονεύωμεν τῶν τοῦ κυρίου ἐνταλμάτων καὶ μὴ ἀντιπαρελκώμεθα ἀπὸ τῶν κοσμικῶν ἐπιθυμιῶν, ἀλλὰ πυκνότερον προσερχόμενοι πειρώμεθα προκόπτειν ἐν ταῖς ἐντολαῖς τοῦ κυρίου, ἵνα πάντες τὸ αὐτὸ φρονοῦντες συνηγμένοι ὦμεν ἐπὶ τὴν ζωήν. 4. εἶπεν γὰρ ὁ κύριος· «Ἔρχομαι συναγαγεῖν πάντα τὰ ἔθνη, φυλὰς καὶ γλώσσας.» τοῦτο δὲ λέγει τὴν ἡμέραν τῆς ἐπιφανείας αὐτοῦ, ὅτε ἐλθὼν λυτρώσεται ἡμᾶς, ἕκαστον κατὰ τὰ ἔργα αὐτοῦ. 5. καὶ ὄψονται τὴν δόξαν αὐτοῦ καὶ τὸ

1 Prov. 10, 12; 1 Petr. 4, 8; Iac. 5, 20.
16 Is. 66, 18.

su gloria y su poder y se maravillarán viendo el pala
cio del mundo en Jesús, diciendo: "¡Ay de nosotros, qu
eras tú y no te conocíamos, y no quisimos creer ni obe
decer a los ancianos que nos predicaban acerca de nues
tra salvación." *Y su gusano no morirá, y el fuego d
ellos no se extinguirá y serán espectáculo para tod
carne.* 6. El día aquel del juicio, dice el profeta, cuand
los hombres verán a los que entre nosotros fueron im
píos y burlaron los mandamientos de Jesucristo. 7. Ma
los justos que obraron el bien y sufrieron los tormen
tos y aborrecieron los placeres del alma, cuando vea
cómo son castigados con fuego inextinguible los que s
extraviaron y negaron a Jesús por sus obras o por su
palabras, darán gloria a su Dios diciendo: "Habrá espe
ranza para el que ha servido a Dios de todo corazón."

HUMILDE CONFESIÓN DEL PREDICADOR.

XVIII. Procuremos, pues, también nosotros ser de
los que den gracias, de los que han servido a Dios, y no
de los que son condenados como impíos. 2. Porque yo
mismo, con ser todo pecador y no haber todavía esca-
pado de la tentación, sino encontrándome aún en me-
dio de los instrumentos del diablo, me esfuerzo, sin em-
bargo, por seguir la justicia, a fin de lograr estar por lo
menos cerca de ella, por miedo que siento del juicio ve-
nidero.

κράτος οἱ ἄπιστοι, καὶ ξενισθήσονται ἰδόντες τὸ βασίλειον τοῦ κόσμου ἐ τῷ Ἰησοῦ, λέγοντες· Οὐαὶ ἡμῖν, ὅτι σὺ ἦς, καὶ οὐκ ᾔδειμεν καὶ οὐκ ἐπιστεύομεν καὶ οὐκ ἐπειθόμεθα τοῖς πρεσβυτέροις τοῖς ἀναγγέλλουσι ἡμῖν περὶ τῆς σωτηρίας ἡμῶν· «καὶ ὁ σκώληξ αὐτῶν οὐ τελευτήσει καὶ τὸ πῦρ αὐτῶν οὐ σβεσθήσεται, καὶ ἔσονται εἰς ὅρασιν πάσῃ σαρκί.» 6. τὴν ἡμέραν ἐκείνην λέγει τῆς κρίσεως, ὅταν ὄψονται τοὺς ἐν ἡμῖν ἀσεβήσαντας καὶ παραλογισαμένους τὰς ἐντολὰς Ἰησοῦ Χριστοῦ. 7. οἱ δὲ δίκαιοι εὐπραγήσαντες καὶ ὑπομείναντες τὰς βασάνους καὶ μισήσαντες τὰς ἡδυπαθείας τῆς ψυχῆς, ὅταν θεάσωνται τοὺς ἀστοχήσαντας καὶ ἀρνησαμένους διὰ τῶν λόγων ἢ διὰ τῶν ἔργων τὸν Ἰησοῦν, ὅπως κολάζονται δειναῖς βασάνοις πυρὶ ἀσβέστῳ, ἔσονται δόξαν διδόντες τῷ θεῷ αὐτῶν λέγοντες ὅτι ἔσται ἐλπὶς τῷ δεδουλευκότι θεῷ ἐξ ὅλης καρδίας.

XVIII. Καὶ ἡμεῖς οὖν γενώμεθα ἐκ τῶν εὐχαριστούντων, τῶν δεδουλευκότων τῷ θεῷ, καὶ μὴ ἐκ τῶν κρινομένων ἀσεβῶν. 2. καὶ γὰρ αὐτὸς πανθαμαρτωλὸς ὢν καὶ μήπω φυγὼν τὸν πειρασμόν, ἀλλ' ἔτι ὢν ἐν μέσοις τοῖς ὀργάνοις τοῦ διαβόλου σπουδάζω τὴν δικαιοσύνην διώκειν, ὅπως ἰσχύσω κἂν ἐγγὺς αὐτῆς γενέσθαι, φοβούμενος τὴν κρίσιν τὴν μέλλουσαν.

[4] Is. 66, 24.

PIDE LA RECOMPENSA DE SU EXHORTACIÓN.

XIX. Así, pues, hermanos y hermanas, después del Dios de la verdad, os leo mi súplica a que atendáis a las cosas que están escritas, a fin de que os salvéis a vosotros mismos y a quien entre vosotros cumple oficio de lector. Porque la paga que yo os pido es que os arrepintáis de todo corazón, procurándoos la salvación y la vida. Porque si esto hiciéremos, señalaremos blanco y meta a todos los jóvenes que quieren trabajar denodadamente acerca de la piedad y de la bondad de Dios. 2. Y los que somos ignorantes no es bien que llevemos a mal ni nos irritemos cuando alguien nos amonesta y trata de convertirnos de la iniquidad a la justicia; pues acontécenos obrar algunas cosas malas sin darnos cuenta, a causa de la mucha duda e infidelidad que se alberga en nuestros pechos; y *así andamos ciegos en nuestra inteligencia*, llevados de nuestros vanos deseos. 3. Practiquemos, pues, la justicia, a fin de salvarnos al fin. ¡Bienaventurados los que obedecieren a estos mandamientos! Si es cierto que habrán de sufrir por un poco de tiempo en este mundo, pero luego cosecharán el fruto inmortal de la resurrección. 4. No se entristezca, pues, el hombre piadoso si en el tiempo presente lo pasa mal, pues le espera aquel otro tiempo bienaventurado. Allá arriba, resucitado con los padres, se regocijará por una eternidad sin dolor.

XIX. Ὥστε, ἀδελφοὶ καὶ ἀδελφαί, μετὰ τὸν θεὸν τῆς ἀληθείας ἀναγινώσκω ὑμῖν ἔντευξιν εἰς τὸ προσέχειν τοῖς γεγραμμένοις, ἵνα καὶ ἑαυτοὺς σώσητε καὶ τὸν ἀναγινώσκοντα ἐν ὑμῖν· μισθὸν γὰρ αἰτῶ ὑμᾶς τὸ μετανοῆσαι ἐξ ὅλης καρδίας, σωτηρίαν ἑαυτοῖς καὶ ζωὴν διδόντας. τοῦτο γὰρ ποιήσαντες σκοπὸν πᾶσιν τοῖς νέοις θήσομεν, τοῖς βουλομένοις περὶ τὴν εὐσέβειαν καὶ τὴν χρηστότητα τοῦ θεοῦ φιλοπονεῖν. 2. καὶ μὴ ἀηδῶς ἔχωμεν καὶ ἀγανακτῶμεν οἱ ἄσοφοι, ὅταν τις ἡμᾶς νουθετῇ καὶ ἐπιστρέφῃ ἀπὸ τῆς ἀδικίας εἰς τὴν δικαιοσύνην. ἐνίοτε γὰρ πονηρὰ πράσσοντες οὐ γινώσκομεν διὰ τὴν διψυχίαν καὶ ἀπιστίαν τὴν ἐνοῦσαν ἐν τοῖς στήθεσιν ἡμῶν, «καὶ ἐσκοτίσμεθα τὴν διάνοιαν» ὑπὸ τῶν ἐπιθυμιῶν τῶν ματαίων. 3. πράξωμεν οὖν τὴν δικαιοσύνην, ἵνα εἰς τέλος σωθῶμεν. μακάριοι οἱ τούτοις ὑπακούοντες τοῖς προστάγμασιν· κἂν ὀλίγον χρόνον κακοπαθήσωσιν ἐν τῷ κόσμῳ τούτῳ, τὸν ἀθάνατον τῆς ἀναστάσεως καρπὸν τρυγήσουσιν. 4. μὴ οὖν λυπείσθω ὁ εὐσεβής, ἐὰν ἐπὶ τοῖς νῦν χρόνοις ταλαιπωρῇ· μακάριος αὐτὸν ἀναμένει χρόνος· ἐκεῖνος ἄνω μετὰ τῶν πατέρων ἀναβιώσας εὐφρανθήσεται εἰς τὸν ἀλύπητον αἰῶνα.

Eph. 4, 18.

La piedad no es granjería.

XX. Mas ni siquiera ha de turbar nuestra mente hecho de ver que los inicuos se enriquecen y los sierv de Dios sufren estrechez. 2. Tengamos, pues, fe, herm nos y hermanas; suframos la prueba del Dios vivo ejercitémonos en la vida presente, a fin de ser coron dos en la venidera. 3. Ningún justo recibe en seguida fruto, sino que tiene que aguardarlo. 4. Porque si Di pagara inmediatamente la paga de los justos, nos eje citaríamos al punto, no en la piedad, sino en el come cio, pues parecería que somos justos, no por buscar religión, sino la granjería. Y por eso el juicio divino dañ al espíritu que no es justo y lo carga de cadenas.

Deprecación final.

5. Al solo Dios invisible, padre de la verdad, al qu nos envió al Salvador y Autor de la incorrupción, p quien también nos manifestó la verdad y la vida celest a Él sea gloria por los siglos de los siglos. Amén.

FIN DE LA CARTA II DE CLEMENTE A LOS CORINTIOS

XX. Ἀλλὰ μηδὲ ἐκεῖνο τὴν διάνοιαν ὑμῶν ταρασσέτω, ὅτι βλέπομ τοὺς ἀδίκους πλουτοῦντας καὶ στενοχωρουμένους τοὺς τοῦ θεοῦ δούλο 2. πιστεύωμεν οὖν, ἀδελφοὶ καὶ ἀδελφαί· θεοῦ ζῶντος πεῖραν ἀθλοῦμ καὶ γυμναζόμεθα τῷ νῦν βίῳ, ἵνα τῷ μέλλοντι στεφανωθῶμεν. 3. οὐδ τῶν δικαίων ταχὺν καρπὸν ἔλαβεν, ἀλλ' ἐκδέχεται αὐτόν. 4. εἰ γὰρ μισθὸν τῶν δικαίων ὁ θεὸς συντόμως ἀπεδίδου, εὐθέως ἐμπορίαν ἠσκοῦμ καὶ οὐ θεοσέβειαν· ἐδοκοῦμεν γὰρ εἶναι δίκαιοι, οὐ τὸ εὐσεβές, ἀλλὰ κερδαλέον διώκοντες. καὶ διὰ τοῦτο θεία κρίσις ἔβλαψεν πνεῦμα μὴ δίκαιον, καὶ ἐβάρυνεν δεσμοῖς.

5. Τῷ μόνῳ θεῷ ἀοράτῳ, πατρὶ τῆς ἀληθείας, τῷ ἐξαποστείλα ἡμῖν τὸν σωτῆρα καὶ ἀρχηγὸν τῆς ἀφθαρσίας, δι' οὗ καὶ ἐφανέρωσεν ἡμ τὴν ἀλήθειαν καὶ τὴν ἐπουράνιον ζωήν, αὐτῷ ἡ δόξα εἰς τοὺς αἰῶνας τ αἰώνων. ἀμή.

Κλήμεντος πρὸς Κορινθίους ἐπιστολὴ β.